



CAPÍTULO X

Combinaciones militares. Movimiento del ejército aliado. Canción patriótica. Ocupación de Managua y Masaya. Acción de San Jacinto. Incorporación del Ejército Septentrional de los aliados. Junta de recursos.

Concluido el convenio de que hemos hablado, Martínez, Paredes y Belloso se ocuparon de las combinaciones militares. Aquél debía obrar por el lado de Tipitapa, éstos marchar de frente sobre Managua y Masaya, en donde debía reunirse el ejército aliado.

A continuación no se trató más que del movimiento, y ésta fue la prueba más convincente de que los auxiliares no se habrían movido sin la inteligencia previa de los partidos, y que la división interior fue la que los obligó a estacionar tanto tiempo en León.¹

¹ *No parece haber sido ésta la causa de la inacción de los salvadoreños y guatemaltecos. Lo que en realidad les animó a salir fue las victorias alcanzadas en San Jacinto el 5 y el 14 de septiembre, y especialmente la primera. Veamos el testimonio de un contemporáneo, don Dionisio Chamorro, quien se expresa así en una carta al Lcdo. Jerónimo Pérez, fechada en el mes de noviembre de 1867, en contestación a otra del Licenciado: "No admite duda que la presa de los vapores en el río San Juan vino a concluir aquella larga y desastrosa campaña, tan abundante en sacrificios como escasa en hechos de armas gloriosos para Centro América, y entre los que figuran en primera línea las memorables jornadas de San Jacinto, que abrieron las puertas a la victoria dando paso a las fuerzas centroamericanas, que hacía mucho tiempo estacionaban en León dominadas por el pánico que infundiera la fama de los rifleros filibusteros, contra los cuales parecía imposible triunfar. No puede negarse la influencia que el tratado del 12 de septiembre tuvo en la guerra nacional dando unidad a los nicaragüenses, unidad reconocida como necesaria desde mucho antes, y a que tendían varios pasos dados por uno y otro bando, sin que se hubiese podido conseguir nada hasta que la noticia del primer triunfo obtenido el 5 llegó a*

El 18 de septiembre comenzó a salir el ejército; Paredes quedaba enfermo, y su segundo el Coronel don José Víctor Zavala venía al mando de los guatemaltecos. Este jefe, educado en los Estados Unidos y de alta posición social en su patria, es instruido en idiomas y en otros ramos; también era querido de sus tropas, porque se trataba familiarmente con los subalternos, pero su genio loco le hacía enteramente inapropósito para tratar un asunto serio, y menos para dirigir las operaciones de la guerra.

Belloso mandaba a los salvadoreños y a una pequeña división de leoneses que el Gobierno Provisorio puso a sus órdenes. Respecto de ésta, Jerez era su segundo jefe, colocación que él mismo se daba para captarse el apoyo de los salvadoreños, y porque no quería aparecer en primera escala, después de haber figurado tanto al lado de Walker.

Jerez tiene el mérito de haber dejado el Gabinete por ir a la campaña, contra la voluntad de su partido que en vano se empeñó en disuadirlo. Públicamente decía: “Yo tengo la mancha de la introducción del filibusterismo; quiero lavarla si es posible con mi propia sangre”.

Abnegación, franqueza, previsión, todo desarrolló entonces el jefe de la democracia, a diferencia de sus amigos que generalmente esquivaron servir, calculando que después de la guerra nacional, habría el desenlace con la legitimidad, y que para entonces convenía reservar los recursos de su partido.

“Se equivocan”, les contestaba Jerez: “Si quieren poder e influencia para ese desenlace, vamos todos a la campaña, en donde formaremos soldados, y conquistaremos las simpatías que hemos perdido por nuestra alianza con el filibusterismo”. Su voz no fue escuchada.

El 21 dispersaron los exploradores una escolta de 30 filibusteros entre Nagarote y el Lago. Éstos dejaron un oficial muerto.

El ejército marchaba sin la fe del triunfo, sin el coraje del patriotismo. Hasta las canciones con que los poetas pensaban reanimar a los pueblos se resentían de la duda, que nublaban el corazón de la genialidad. Una de ellas, que más se oía en los campamentos, decía:

*Despertad de ese sueño ominoso,
Despertad caros hijos del Cid,
Que en Granada la vida o la muerte
Y la gloria os provoca a la lid.*

Ya el bandido del norte prepara

León; de manera que puede decirse que aquella victoria tuvo por primer consecuencia ese tratado, pues ella hizo reconocer la importancia de nuestro partido y dio ánimo a los conservadores para presentar el ultimátum del 12”. (En el archivo del “Colegio Centro América”).

A la raza que él llama servil,
No al cadalso sino la cadena
Que tortura de Ismael la cerviz.

Despertad, etc.

Sus miradas de buitre pasea
Sobre el suelo que habita el central;
Y tal vez sin piedad nos veremos
Miserables sin patria ni hogar.

Despertad, etc.¹

Se creía que en Managua resistirían los filibusteros, pero al acercarse los aliados, huyeron dejando incendiada la *Casa de Alto*, antigua mansión del Poder Ejecutivo. El ejército ocupó esta plaza el día 24, y allí celebró el parte de la victoria de San Jacinto, alcanzada por las fuerzas del General Martínez² de que presto nos ocuparemos.

Pocos días después continuó la marcha sobre Masaya, plaza que el "*Herald*", periódico en inglés que allí se publicaba, le decía "el Sebastopol de Nicaragua", por lo cual se aguardaba una tenaz resistencia.

Sin embargo, los aliados cometieron la gran falta de dividirse, yéndose Belloso con los salvadoreños sobre el volcán a descender a Masatepe, y Zavala con los guatemaltecos, de frente. En Nindirí hubo unos tiros con la avanzada de los filibusteros, de que resultó muerto el oficial Rosa Platero, ayudante de Jerez.

Por fortuna Walker no supo batir al ejército en detal; ordenó la desocupación de Masaya, y entró allí Zavala el 2 de octubre, y a continuación el General Belloso.

Aquí les dejaremos para contar los sucesos del lado del Septentrión. Para ello tenemos que retroceder un poco, recordando que antes de partir el General Martínez para León, mandó el Coronel don Dolores Estrada con una compañía de buenos soldados a recorrer las haciendas del llano, tanto para

¹ *Del poeta granadino don Juan Iribarren.*

² *Realmente fueron fuerzas del General Chamorro, jefe inmediato de Estrada. Se sabe por tradición que don Pedro Joaquín Chamorro aconsejó a su hermano Fernando la ocupación de San Jacinto, como una medida acertadísima para la salvación de Nicaragua y Centro América.*

facilitar la presentación de los adictos, como para disminuir los recursos que de ella sacaban constantemente los enemigos.

Estrada tenía instrucciones de no presentar acción, sólo en caso de no tener segura retirada, Sin embargo, sentó sus reales en San Jacinto, hacienda situada al Norte del llano de Ostócal, y a una jornada de Granada, asiento del filibusterismo. Sin agua en las inmediaciones y colocada la posición al pie de unas alturas, en un punto nada militar.¹

Walker carecía de noticias exactas relativamente a esta fuerza porque los habitantes de esta comarca eran muy enemigos de los yanquis, en tal extremo que habiendo llegado a Tipitapa uno, que los vecinos tuvieron por espía, lo amarraron y condujeron a la presencia de Estrada, que en el acto lo mandó fusilar.

Para cerciorarse, pues, el mencionado Walker de la realidad del cantón de San Jacinto, mandó una guerrilla exploradora, la cual se dejó ver en el abra de la hacienda al amanecer el 5 de septiembre (1856) dirigiendo un ligero tiroteo sobre el flanco derecho que estaba guarecido por un cerco de piedra, y cuando creyeron llenado su objeto, se retiraron sin mayor estrago, salvo una herida de gravedad que recibió el oficial don Carlos Alegría, uno de los mejores que contaba el referido cantón.

Esta escaramuza era anuncio de un ataque formal; pero Estrada no quiso levantar el campo conforme sus instrucciones, a pesar de que no tenía elementos para resistir. Escribió a Matagalpa pidiéndolos con insistencia, protestando que moriría antes que retirarse porque había tomado a honor el conservar el puesto.

Con efecto, se le mandó una parte de los muy pocos que había, y que afortunadamente recibió el 13 del mismo mes.

El día siguiente, al alba, 120 rifles al mando de Byron Cole, se presentaron en el abra marchando sobre la fortificación.

¹ Esta afirmación de Pérez ha sido aceptada sin examen. En realidad la casa de la hacienda no era un punto malo para la defensa, si se toman en cuenta las armas de la época, razón por la cual las casas eran casi siempre ocupadas para resistir. Además de esto hay la circunstancia de que la casa estaba rodeada de corrales de piedra que sirvieron de trincheras. En cuanto al agua, fuera de haber un pozo a unas quinientas varas de la casa, no hay que olvidar que enfrente pasa un arroyuelo o quebrada por la que en los meses de invierno, en que sucedieron aquellos sucesos, casi siempre corre agua. Es una equivocación decir que Estrada debió haber ocupado las (...) que están cerca de la hacienda para que el enemigo no le hostilizara desde ellas. Ninguna arma de la época, con excepción de los cañones, era capaz de alcanzar desde allá a la casa donde estaba Estrada; tanto es así que los yanquis para nada tomaron en cuenta estos cerros, y por el contrario, allí sí hubiera sido difícil proveerse de agua.

También se ha dicho mucho que Estrada era oriundo de Managua. Yo he visto la partida de bautizo del General en el libro parroquial de Nandaime, autorizada por el Cura Beneficiado Pbro. Luis Buenaventura Gutiérrez. Según ella el General nació el 16 de marzo de 1792, y fueron sus padres Timoteo Estrada y Gertrudis Vado. Don José de la Rosa Sandino posee el original de la partida y él mismo ha escrito sobre esto un curioso artículo en "La Semana", (Granada, domingo 13 de septiembre de 1925).



GENERAL DON JOSE DOLORES ESTRADA

Estrada fue militar desde su juventud; pero demasiado común en sus capacidades, debía los ascensos al valor y honradez, que poseía en alto grado. Así, era muy a propósito para ejecutar cualquiera operación; mas no para dirigirla. Era confiado por lo mismo que era valiente.

Este jefe tenía 160 hombres de tropa granadina, Masaya, Managua y de otros puntos con varios oficiales selectos, formados en la guerra del 54. El centro lo colocó en la casa principal de la hacienda; el ala derecha sobre el corral de piedra mencionado, y la izquierda sobre un corral de madera que había al Oriente de la posición. Al Sur se extendía un abra espaciosa que tocaba con la llanura de Ostócal, en cuyo derredor están situadas las haciendas que llaman del Llano.

El mando del ala izquierda fue confiado a un oficial recluta, Ignacio Jarquín, vecino de Metapa, cuando había tantos supernumerarios en el centro. Le apoyaban otros dos oficiales con guerrillas, Salvador Bolaños y Venancio Zaragoza, también reclutas.

Estrada fue sorprendido; no tenía espionaje, y cuando le anunciaron al enemigo fue a corta distancia, porque, aunque la campaña era tan limpia, las brumas de la mañana impedían ver los objetos de lejos. Sin embargo dio la orden de no dispararles, sino a quema ropa, sin duda para economizar el parque de que andaba tan escaso.

Los filibusteros cargaron sobre el ala izquierda; el oficial Jarquín da la voz de fuego, y todos los soldados disparan a un tiempo, de suerte que aquellos toman las trincheras sin recibir otra descarga; matan a Jarquín, Bolaños cae malherido, Zaragoza huye, y muchos soldados perecen al incesante fuego de los rifles y de los cilindros y *revólveres* americanos. En este lance un sargento managua, Andrés Castro, se portó tan bizarro que, no teniendo tiempo de cargar el arma, alzó una piedra y derribó un soldado que saltó la trinchera para cargar sobre los nativos.

Tomada esta ala todo se habría perdido, si los oficiales don Alejandro Eva, don Miguel Velis, don Adán Solís y don Manuel Marengo no se hubieran resuelto a morir disputando a los extranjeros el paso sobre el centro. El oficial Marengo cayó herido en una pierna, pero aun así animaba a los soldados al combate.

En el parte privado que el mismo Estrada dio al General Chamorro, con fecha 14 de septiembre, decía: "Tal vez estuviéramos escribiendo una derrota, si el Teniente Eva, Velis y Solís con Manuel Marengo, no se resuelven a morir primero que abandonar el punto, de donde les hacían la resistencia, mientras dispuse que el Capitán Cisne, el Teniente Siero y el oficial Fonseca saliesen a flanquear".

En efecto, el Capitán Liberato Cisne, el Teniente José Siero y el oficial Juan Fonseca, salieron con tres guerrillas por la

retaguardia, y por entre el monte al pie de la serranía, que se levanta en ese lugar, aparecieron a la espalda de los aventureros que ya se creían victoriosos. La sorpresa y el hallarse entre dos fuegos les hizo desbandarse, y una vez dispersos se pusieron en fuga precipitada. Concurrió a favor de los nativos una circunstancia casual, y fue que la remonta, o sean las bestias que servían en el cantón, y que mandaron traer al principiar la acción, venían corriendo al lado mismo que los que salieron a flanquear, de suerte que a los rifleros de Walker parecióles que un torrente de soldados venía sobre ellos.

Dejaron ocho muertos en el puesto y cuatro más en la fuga. La persecución que sufrieron fue tan violenta, que un sargento patriota llamado Francisco Gómez, cayó muerto en el abra queriendo dar alcance a los derrotados.

Muchos de éstos se dispersaron en los montes. Byron Cole, jefe de la expedición, fundador del filibusterismo, porque fue él mismo que contrató con Castellón la falange, perdió el camino y cayó en manos de unos nativos, que le asesinaron en el momento.

Otros encontraron a un soldado herido, casi moribundo de hambre y de sed, el cual pidió alimento luego que llegó al cuartel. *Denle, dijo Estrada, pero ahórquenlo para ahorrar parque.* En efecto lo colgaron de la rama de un árbol y allí pereció.

Las pérdidas de los naturales fueron tan graves que tuvieron 55 bajas entre muertos y heridos. Entre los primeros se contaron el Capitán Francisco Sacasa, joven de capacidad; el oficial Bolaños, y un sargento llamado Estanislao Morales, valiente y patriota como el que más.

Esta victoria, debida solamente al valor, si no produjo tantas pérdidas a los usurpadores, tuvo consecuencias que les fueron fatales. La muerte de Cole resonó en el extranjero, y creyendo que la derrota era de mayor magnitud, escasearon los enganches de aventureros, que antes eran tan frecuentes. Los soldados de Walker se aterrorizaron, y los centroamericanos comenzaron a estimularse y a convencerse que aquéllos no eran tan superiores en la guerra.

Ya dijimos que el parte de este triunfo lo recibió y celebró el ejército aliado en Managua.

Ahora diremos que habiendo Estrada aumentado sus fuerzas hasta formar un batallón que nominaron el San Jacinto, marchó a Masaya, a donde entró la tropa orgullosa, coronadas las armas con ramas y con flores, precisamente el día 6 de octubre, entre dos filas de aliados que vitoreaban a sus amigos vencedores.

Tal era el aferramiento de los legitimistas a sus ideas de partido, que poco faltó para que quedara nulificada la anterior victoria, y la causa nacional sin el auxilio que le brindó el ejército del septentrión. El Coronel Estrada y muchos de sus

subalternos, oyendo la grito que produjo el convenio con los democráticos, estuvieron dispuestos a desconocer al General en Jefe o a disolverse; pero el doctor don Rosalío Cortés, que estaba cerca del cantón, y que había penetrado toda la importancia de las estipulaciones, pudo explicar al referido Estrada el funesto resultado del paso que quería dar. El General Chamorro también le escribió en el mismo sentido, pues que éste no sólo conocía la ridícula y difícil situación del titulado Gobierno Legítimo, sino las consecuencias favorables que podían sacarse del citado convenio.

Estrada y Zavala, los legitimistas y los guatemaltecos fraternizaron, y resolvieron trasladarse a Diriomo, clima fresco y propicio para los últimos. En Masaya se habían visto algunos casos de cólera y de la fiebre que perseguía a los extraños.

Pero antes de partir, aquél conoció, porque era palpable, la mala situación, la poca fuerza del ejército aliado a consecuencia de la rivalidad de las tropas y de la falta de un jefe que diese unidad de acción en las operaciones. Por esta razón llamaba con instancia al General Martínez, diciéndole en nota 9 del mismo octubre: *La presencia de Ud. vale más que un ejército: véngase presto, aunque sea sólo con sus ayudantes.*

A Martínez lo dejamos en Matagalpa cuando referimos el desprendimiento del Poder de don Nicasio del Castillo, a consecuencia del convenio de 12 de septiembre. Allí se ocupaba de levantar su ejército para incorporarlo al aliado, y de proveer los recursos necesarios para el entretenimiento del soldado y compra de elementos de que carecía.

El Gobierno Provisorio tampoco tenía recursos; pero al menos contaba con la Aduana del Realejo, con las pequeñas rentas del interior, con las contribuciones de los propietarios que pagaban por mensualidades adelantadas; y sobre todo, con la facultad competente para negociar con los gobiernos y con los particulares.

Aquél con nada de esto, salvo los donativos voluntarios y los empréstitos que podían dar los propietarios casi arruinados de Segovia y de Chontales. Para este objeto tan vital erigió una *Junta de Recursos*, que se instaló en Metapa, compuesta de vecinos influyentes de cada Sección o Departamento. Don Fernando Guzmán era el Presidente. Los vocales fueron don Ramón Machado, propietario de Nueva Segovia; don Ramón Castillo y don Francisco Amador, de Matagalpa; don José Dolores Flores, de Chontales; y don Luis Montiel, granadino, hacendado en este distrito. Amador era el secretario.

Esta Junta cumplió admirablemente su cometido. El General Martínez le pasó un presupuesto de 8,000 pesos mensuales, no para dar sueldo entero, sino para socorrer a la tropa, a quien en todas partes se daba el rancho con el ganado que se mataba para tal objeto.

Bien pues, hecho esto, Martínez a la vista de la nota del Coronel Estrada, apresuró el movimiento con una división, que por ser gente de Nueva Segovia y Matagalpa, se llamó *Ejército Septentrional*, con el cual fue distinguido hasta el fin, aun cuando después se componía de hombres de todos los departamentos.

En Metapa recibió parte del ataque de Walker a Masaya el 11 de octubre, de que hablaremos pronto, y que le obligó a precipitar la marcha. En Tipitapa estalló el cólera, haciendo mucho estrago en los segovianos, por lo cual esta división permaneció en Nindirí hasta que cesó la peste, y se reunió a los aliados que habían tenido los combates que hemos ofrecido relatar.





CAPÍTULO XI

Situación de Walker. El suceso de Cunaguas. Primer ataque a Masaya. El de Granada. Acción en el Tránsito. Situación de los aliados. Segundo ataque a Masaya. Combate naval.

Antes de comenzar la relación de los primeros combates, preciso es que bosquejemos la situación de Walker, a quien dejamos constituido en un Gobierno ilegal por todo aspecto, hasta por la ficción más escandalosa de sufragios.

Tenía poco más o menos 1,200 hombres de fuerza efectiva extranjera, compuesta de aventureros norteamericanos, especialmente algunos ingleses, franceses y alemanes y una compañía muy menguada de cubanos.

Goicurúa se había ido con la comisión de empréstito de que hablamos, y que le sirvió de pretexto para salir de la República y no volver a los peligros que previó.

Hijos del país, tenía muy pocos, como los generales Pineda y Carrascosa, que fueron nombrados Ministros. El Padre Vijil y Ferrer se embarcaron para el exterior. Don Francisco Bravo y don Dámaso Sousa permanecían en Granada, pero de acuerdo con Beloso para darle aviso de todo.

El clima era el peor enemigo de los extranjeros, que diariamente sucumbían por las fiebres en número considerable. Cálculos ha habido de 5 a 6,000 muertos por las enfermedades de todo género que devoraban dichas fuerzas.

Hubo un período en que por casualidad murieron muchos jefes principales, entre ellos dos que formaron el Consejo de Guerra que condenó a muerte al General Corral, y entonces se creyó que el pueblo vendía víveres envenenados.

Siempre había tenido deserción, pero más por julio y agosto, de suerte que se propusieron los caudillos sembrar el terror para contenerla. El Comandante de Masaya tuvo parte de que en una tienda de mercancías seducían a los soldados que

llegaban; mandó una escolta, y encontrando allí a cuatro jóvenes, Antonio Berroterán, Desiderio Calvo, Felipe Pérez y Moisés Avendaño que habían llegado a cosas particulares, los condujeron presos, y horas después fueron pasados por las armas.

¡Sacrificio bárbaro! No por esto contuvieron la deserción.

Un tal Turley, con 25 soldados, no pudiendo salir por Granada ni por ningún otro puerto, resolvió irse por Chontales, descender el río Mico hasta Bluefields, y allí embarcarse para su patria. Los chontaleños no creían que era desertor, sino una de tantas escoltas que mandaba Walker a exigir caballos y contribuciones, tanto más que Turley exigía estos auxilios de las autoridades.

Habiendo llegado a Cunaguas, en una casa de campo, quiso o amenazó ahorcar al dueño al dueño de ella, Pedro González, porque no le daba dinero que le pedía. Un hijo, llamado Marcelo, viendo a su padre con el lazo al cuello, tomó un puñal, y de súbito dio una herida al verdugo, en cuyo instante padre e hijo escapáronse lanzándose al monte para ocultarse. Algunos soldados les siguieron, disparándoles tiros con los *revólveres*, uno de ellos dio a Marcelo en la espalda; pero en fin se salvaron echándose en la poza de un río, ancha y profunda que atravesaron a nado.

Los habitantes circunvecinos se alarmaron en sumo grado.

Los del mineral de La Libertad se dispusieron formar un cuerpo de patriotas para darse garantías, armados de armas particulares. Un hondureño, llamado Dámaso Rivera, y don Felipe Gago, se pusieron a la cabeza de los patriotas para perseguir a los filibusteros, y los alcanzaron en la montaña de *Potrero Cerrado*, en donde les hicieron rendir los rifles; pero les exigían los *revólveres*, y no querían darlos, con cuyo motivo un sargento, Dionisio Cheves, alborotó a los paisanos, cargaron sobre aquéllos, y excepto uno o dos que pudieron salvarse, los demás perecieron en manos de los patriotas enfurecidos.

Este hecho se contó como una victoria, de suerte que el Partido Legitimista se enorgulleció más adjudicándose tres triunfos sucesivos, San Benito, Cunaguas y San Jacinto, cuando en realidad no podía envanecerse más que del último. Tanto más reprobaba el convenio de 12 de septiembre, que en su concepto había echado por tierra y para siempre la adorada legitimidad, porque aun los pensadores, según dijimos, no comprendieron entonces el espíritu de dicho convenio.

Tal deserción influyó mucho en el ánimo de Walker a concentrar sus fuerzas a Granada, abandonando las plazas de Managua y Masaya, y conservando solamente la línea del tránsito de San Juan del Sur a la Virgen, que para él era de un interés inmenso, porque por allí le venían en cada arribo de vapor más o menos reclutas, que le enviaban las Compañías interesadas en la empresa, y con las cuales reponía las bajas

que le causaban la fiebre y la guerra. De Nueva Orleans y de California salían por la regular bajo la capa de emigrantes pacíficos y laboriosos, los que venían con el rifle a quitarnos la vida y robar nuestra propiedad.

Concentradas sus tropas resolvió atacar a los aliados, que según hemos dicho, estaban divididos, Beloso y Jerez en Masaya, Zavala y Estrada en Diriomo.

El referido Walker es natural que haya sabido esta división. ¿Por qué se decidió a atacar a Masaya, población grande y fuerte respecto de Diriomo, que aun está más cerca de Granada? No puede explicarse, sino suponiendo que no sabía dicha división, o que respetó un poco a los guatemaltecos y a los jefes y soldados de San Jacinto.

Lo cierto fue que el 11 de octubre, (1856) en la noche, entró a Masaya a las 8, y tomó posiciones en el barrio de Monimbó, que es la parte Sur de la población. El 12 al amanecer atacó la línea, cargando sobre la izquierda con mayor impetu que sobre la derecha. Jerez se distinguió en esta defensa; pero en la plaza apenas tenían 1,000 hombres, y Walker los atacaba con 800. En el día avanzó hasta las manzanas contiguas a la plaza, de manera que el día siguiente habría tomado la plaza sin la menor duda, si no hubiese ocurrido lo siguiente:

Zavala tuvo parte del movimiento de Walker, y en el acto levantó el campo para Masaya a favorecer a la plaza. En Diriá le dijeron que desde una altura inmediata se oía el fuego en retirada sobre el camino para Granada, y calculó que continuando la marcha llegaba tarde. Entonces varió de camino yéndose a salir al Campo Santo o Panteón de esta última ciudad, en donde pensaba ganar la delantera a los filibusteros que suponía derrotados.

Pero no llegaban, y habiendo tenido noticia positiva que la plaza de Granada estaba bastante débil, resolvió ocuparla, y partió del momento. Una lluvia cayó enseguida, que no dejó de perturbar el movimiento.

La ocasión sin embargo, no pudo ser más oportuna para tomar dicha plaza por sorpresa, cayendo sobre ella por el Norte o por el Sur, en cuyos lados es tan accesible, pero Zavala, a más de carecer de juicio, no conocía el terreno, y Estrada se sometía enteramente a sus disposiciones.

Aparecieron por Jalteva, en cuya plaza hicieron alto para preparar las armas que se habían mojado. Todavía allí no habían sido vistos de la plaza principal, hasta que el jefe de día divisó los grupos y salió a reconocerlos, creyendo que sería Walker en retirada para Masaya. (No) se desengañó hasta muy cerca de la plazuela, y volvió corriendo dando voces de *alarma*, de manera que la guarnición tuvo tiempo prepararse, y los extranjeros comerciantes de concurrir a la defensa.

A pesar de esto, los aliados ocuparon a las 2 de la tarde los edificios en torno de la plaza, menos la iglesia, en donde se parapetaron hasta los enfermos filibusteros.

El fuego era bastante vivo; pero sin dirección. Zavala tomó la casa en que vivía Walker, y encontrando allí una bandera salió de frente tremolándola y haciendo alarde de valor, hasta que le dieron un balazo en dicha bandera, y otro en el sobretodo, pues entonces conoció el peligro inútil que corría.

Las fuerzas guatemaltecas y legitimistas, sin la debida disciplina, se embriagaron de abundancia de licores que había en los almacenes y casas particulares, y luego se dispersaron por las calles, atraídos muchos por el botín que encontraban. Una partida de tantas entró a la casa de Juan Bautista Lole, comerciante americano, amigo y partidario de los filibusteros, que no teniendo tiempo de concentrarse a la plaza, desde luego fue muerto sin la menor dilación.

Sobrevino la noche del 12 sin que hubiesen podido tomar la iglesia, y sea que Walker en Masaya oyese con el silencio el cañoneo de Granada o que le llegase parte, en la madrugada levantó el campo, prefiriendo ir a defender la plaza de dicha ciudad que tomar la de Masaya.

El 13 por la mañana supo Zavala que los filibusteros venían a toda prisa sobre él, y creyendo detenerlos en la entrada, se parapetó en Jalteva con la fuerza que pudo reunir; pero aquellos formaban un torrente, y en vano los guatemaltecos y nicaragüenses se empeñaron en detenerlos.

Zavala y Estrada huyeron para el Diriomo, mientras que los soldados de Walker hacían una cruel matanza en los que encontraban ebrios o perdidos en las calles. Varios guatemaltecos cayeron prisioneros en poder del mismo Walker; otros muchos erraban por los montes hasta que salían a las poblaciones, de donde les llevaban a sus respectivos cuerpos.

Cuando Zavala y Estrada llegaron al Diriomo, unos naturales les presentaron a Francisco Alejandro Lainé, un joven cubano enviado por Goicuría, y que celebró el convenio de mutuo auxilio para esclavizar a Nicaragua y libertar a Cuba. Le mandaron fusilar y murió diciendo estas palabras: *“Los hombres mueren, las ideas quedan”*.

Así fracasó la oportunidad más bella de haber concluido con el filibusterismo, ahorrándose sacrificios sin cuento, porque en verdad si Zavala con mejor dirección toma la plaza de Granada en que Walker tenía sus almacenes de guerra, éste y sus soldados habrían perecido en el interior del país.

Pero al menos, es preciso confesar que el ataque a dicha ciudad salvó al ejército nacional, porque si los guatemaltecos se hubieran ido a defender a Masaya, Walker habría tomado esta ciudad, cuyo aserto se justifica con otra tentativa que hizo más tarde.

Ya dijimos que estos sucesos obligaron a Martínez, Jefe del ejército septentrional, a precipitar su marcha de Metapa a Masaya. Su presencia hizo mejorar y aumentar las fuerzas, pero nada se avanzó en la armonía que debía reinar entre los aliados.

Este General y Zavala, con sus respectivas tropas, se trasladaron a Niquinohomo, en donde permanecieron hasta mediados de noviembre, y regresaron a Masaya, cuartel general de los centroamericanos.

Cuando éstos ingresaron, el General Jerez con 300 hombres salió para Rivas, a proteger la entrada del General Cañas, que con una división de liberianos y nicaragüenses emigrados en Costa Rica volvía de nuevo a combatir contra el filibusterismo.

En efecto, el 2 de noviembre había salido de Liberia y habiéndose situado en Rancho Grande, entre el Lago y San Juan del Sur, fue atacado el 10 por una columna de aventureros, que fueron derrotados después de dos horas de combate.

Este suceso era muy grave para Walker, pues obstruido el tránsito, se le cerraba el camino por donde le venían los refuerzos de California. Así fue que sin pérdida de tiempo partió en el vapor "Virgen" con 200 hombres, que desembarcaron el 11 a las 12 de la noche, y el 12 al amanecer acometieron a las avanzadas de Nicaragua y Costa Rica, que estaban situadas en el *Hotel de medio camino*, las cuales se retiraron a *Puente Grande*, donde se hallaba Cañas con el grueso de su tropa.

El punto era ventajoso, pero según el parte del mismo jefe, se le desbandaron unos nicaragüenses que se habían incorporado, y no pudiendo resistir el ímpetu de los atacadores, se retiró por un camino excusado, que llaman de *La Calera*, con dirección a Rivas.

No paró allí, sino que pasó para Masaya, encontró con Jerez en el Obraje, y entonces juntos marcharon a Rivas y se fortificaron en la plaza, en donde les dejaremos para continuar el hilo de los sucesos que llevábamos.

Don Dámaso Sousa dio aviso a Bellos el 14 de noviembre, que el día siguiente volvían los filibusteros a atacar a Masaya en número de 600, y desde ese momento se comenzó a preparar todo para la defensa.

La situación de los aliados entonces era la siguiente:

Los salvadoreños habían sido reforzados con distintas divisiones que habían traído el General Asturias y el Coronel don Pedro Rómulo Negrete, de manera que habían repuesto sus muchas bajas, y ascendían a 1,300.

Los guatemaltecos, que habían sufrido más de la peste y de la guerra, habían sido repuestos también con varias divisiones, y últimamente, el mismo 15 de noviembre entró el General don Joaquín Solares con 600 hombres de rifle, bien equipados. Ascendían a poco más de 1,500.

Los septentrionales o legitimistas de Martínez no eran menos de 800, de suerte que apartando los heridos, enfermos y asistentes, había en la plaza algo más de 3,000 hombres de fuerza efectiva o de movimiento.

El 15, pues, a las doce del día los vigías dieron parte de que se aproximaba el enemigo. Martínez y Zavala opinaron que se debía batir en el campo para que o tomasen posiciones entre la población.

Belloso no dijo nada a este respecto.

Los primeros salieron sobre el camino de Granada por donde se había anunciado al enemigo. Martínez, creyendo que la tropa que acababa de venir era la mejor, y sus armas más ventajosas, pidió a Zavala los 600 hombres y se puso a la vanguardia.

No venía Walker; era el Coronel don Bruno Naztmer. La artillería marchaba a la vanguardia.

Un poco fuera de la población, en el camino más recto y flanqueado de cercas y paredones, se avistaron ambas fuerzas, como a las 3 de la tarde.

Los filibusteros rompieron el fuego. Las armas de los guatemaltecos no disparaban, porque se cometió la imprecaución de no revisarlas antes del combate. Éstos volvieron la espalda con terror pánico.

Martínez cruzó la bestia que montaba, queriendo detenerles con la espada, pero en vano. El grupo era tan impetuoso, que empujó el caballo sin detenerse, y esta carrera habría sido hasta la plaza, si el Capitán don Tomás Blanco, el más impávido del ejército septentrional, con una compañía del batallón San Jacinto, que vio el conflicto y subió a uno de los paredones, no le hubiese dicho: -“General, ¿los detengo?”- “Deténgalos como pueda”, le contestó, y abriendo brecha en una cerca, salió adelante, y rompió un fuego nutrido e inesperado para los yanquis.

Blanco cayó con ambas manos perforadas a balazos, pero los aventureros contuvieron el embate y la lucha comenzó con vigor. El Capitán don Luis Coronel cayó enseguida herido en una pierna, y a su lado muchos valientes del referido batallón.

Contenido el primer impulso de los filibusteros, iban limitándose a la defensa. Los guatemaltecos volvieron a la carga, y se generalizó un combate tan recio, que a veces saltaba la arena en la plaza a los retumbos de la artillería.

A las 6 comenzó a apagarse, y la noche puso término a la refriega, quedando los aliados dueños del campo, porque los filibusteros retrocedieron a guarecerse en una huerta inmediata.

Muchos fueron los muertos y heridos en ambas partes: El Coronel Naztmer fue de estos últimos conducido a Granada, y Walker mismo vino a ponerse a la cabeza de sus fuerzas.

En tal situación los filibusteros estaban perdidos. Malogrado su primer impulso, tenían necesidad de retroceder hasta Granada, y este retroceso equivalía a una derrota.

Pero el General Belloso en la plaza, censurando la conducta de Martínez y Zavala, decía: *“que le habían malogrado sus planes, porque él todo lo había preparado para arrollar a los filibusteros entre la población, de suerte que no iba a escapar uno, por lo cual protestaba por las malas consecuencias de no dejarlos entrar a la ciudad”*.

El General Chamorro, acompañado del autor de estas Memorias, recorría las líneas de la plaza, y habiendo llegado al cuartel del señor Belloso, nos instó para que fuésemos adonde Martínez a persuadirle que diese entrada al enemigo por las razones antedichas.

Partimos a pesar del horror de la noche; Martínez oyó la relación con el despecho habitual de su carácter, y en el momento dio orden de concentrar a los capitanes que cubrían los flancos para emprender la retirada. Aquel ejército, que toda la tarde había peleado con denuedo, que deseaba volver a la lid y ya creía perseguir a los filibusteros hasta Granada, comenzó a retirarse en orden; pero a proporción que los oficiales recomendaban el silencio, se llenaba de terror.

Poco después una bomba cruzó el espacio, y enseguida reventó otra sobre nuestras tropas a una gran altura, y entonces éstas se desbandaron en el mayor desorden, corriendo por todas partes a la plaza, cuya entrada era un verdadero peligro.

El día siguiente, 16, opinaban unos que Walker había contramarchado; otros, que no. El Coronel Estrada, vencedor de San Jacinto, salió a explorar el campo, y todavía llegó al lugar del combate anterior, de donde percibió que el enemigo venía sobre la ciudad. Mandó un ayudante a preguntar si lo contenía, y Martínez le contestó que no.

Una hora después el estampido del cañón filibustero anunció que habían ocupado la plaza de San Sebastián, y desde ese momento comenzó un tiroteo constante en todas las líneas.

Martínez y Zavala en desquite excitaban a Belloso que era tiempo que concluyera con el ejército walkerista; pero tales planes se redujeron a proponer que los guatemaltecos atasen la retaguardia; los salvadoreños el flanco izquierdo y los legitimistas el derecho, los cuales aceptaron para que no se les inculcase de falta de cooperación.

Salieron las tres divisiones. El Coronel don Cruz Cabrera, que mandaba a los guatemaltecos, rompió el fuego a retaguardia; mas el de los flancos no apareció, y como los salvadoreños ingresasen a la plaza manifestando que no podían penetrar a los puntos de ataque que se les designaron, fue preciso llamar con prontitud a los guatemaltecos y legitimistas empeñados en sus puntos.

Después de este inútil intento, los aliados se limitaron a la defensiva, ocupando los filibusteros el barrio Monimbó, situado al sur de la plaza principal, de la cual llegaron en algunos puntos hasta una cuadra de distancia.

El 17 desde muy de mañana comenzaron a incendiar algunas casas que no ocupaban, y a avanzar al sudeste de la plaza. Martínez y Zavala salieron con dos batallones a situarse en el camino a la entrada a Masaya, provocando a Walker a un combate campal; pero no salió durante el día.

El 18 el incendio era terrible, el bombardeo espantoso, pero sin éxito, pues más de 200 lanzaron tan mal dirigidas, que sólo un oficial resultó herido. Tal vez por casualidad descendieron dos sobre un edificio en que estaba el parque de los guatemaltecos, por lo cual resolvieron trasladarlo a otro. Al cruzar la plaza los soldados que llevaban a hombro los cajones, otra bomba cayó humeando en medio del grupo, e indudablemente iba a causar desgracias en la explosión, pero un soldado llamado José María García arrojó su carga instantáneamente y arrancó la espoleta encendida al hacer el estallido. Por esta acción recibió ascenso y premios de los jefes.

Este mismo día se advirtió la tendencia de Walker al sudeste de la plaza, y era ocupar una casa situada al oriente, que dominaba mucha parte de la referida plaza, y entonces se mandó defenderla al Capitán don Ceferino González con 100 hombres del ejército del septentrión. Al principio corrió un gran peligro, porque la casa era de madera y el enemigo estaba en otra contigua; pero a proporción que se parapetó pudo resistir el cañoneo más fuerte durante el día.

La noche puso término a todo esfuerzo, y Walker se convenció que debía retirarse como se retiró en efecto al silencio de la noche.

Al amanecer el 19, González advirtió que los enemigos se habían marchado, y pasando a los edificios ocupados por ellos, no encontró más que rifles sobrantes, sin duda de los que habían muerto. Un oficial guatemalteco, don Manuel Batres, corrió solo hasta Monimbó, y regresó a dar la parte de la retirada de los filibusteros.

Los aliados se precipitaron a reconocer el campo, y encontrando dormidos a algunos soldados extranjeros que no sintieron el movimiento de sus camaradas, los asesinaron sin piedad. Martínez y Zavala anduvieron mucho, pero no alcanzaron a nadie, y regresaron sin novedad.

Profunda lástima causaba oír los lamentos de las familias que iban saliendo de las guaridas y encontraban sus casas en cenizas; todo el barrio, con su templo, había sido incendiado sin necesidad por la mano de los que se titulaban *civilizadores* del país.

Recordamos ahora nuestro aserto de que Walker, en el ataque de octubre, habría triunfado en Masaya si Zavala no le llama la atención en Granada.

En este que acabamos de contar estuvo del 15 al 19 de noviembre incendiando cuanto estaba a su alcance, y bombardeando el resto de la ciudad, que se vio en peligro de sucumbir, y por último se retiró impunemente, sin embargo de que él no tenía más que 600 hombres y los aliados pasaban de 3,000.

¿Sería esto acaso por la superioridad de los unos e imbecilidad de los otros? No.

Era precisamente por la rivalidad de los jefes, que obraban con entera independencia, haciendo cada uno lo que podía, sin comprometer demasiado a sus fuerzas. Nada menos el General Belloso, lastimado de ver a varios salvadoreños heridos que llevaban al hospital, les dijo: *“Hijos, les ofrezco que no vuelvo a mandar a mis soldados a la pelea. ¿Qué necesidad tenían de salir de su país, a venir a morir aquí?”*

A Walker puede muy bien titularse arrojado, temerario, pero sin capacidad militar, cuando con una tropa tan compacta no batía a cada paso en detal las fuerzas centroamericanas, que, no teniendo una cabeza que las dirigiese, se mantenían casi en anarquía.

Casi al mismo tiempo sufría un golpe la causa de la América Central. El 11 de noviembre zarpó de Puntarenas el buque costarricense *“Once de Abril”*, llamado así en remembranza de la sangrienta acción de Rivas, que contamos en su lugar; venía con 110 hombres entre jefes y soldados, y con dinero y elementos de guerra enviados al General Cañas. Después de un recio temporal que le hizo demorar la marcha, se avistó el 22 con el *San José* o *Granada* y trabaron combate, en que, si a los costarricenses no les faltaba bizarria, carecían de la destreza de las maniobras que da la práctica de los mares.

El *“Once de Abril”* se incendió después de una hora de combate, cuando poco le restaba para vencer. El fuego prendió a la Santa Bárbara, voló en pedazos lo que el incendio no había devorado. El Comandante, un joven Antonio Valleriestra, con la mayor parte de los naufragos, fueron salvados en el *San José* y conducidos a San Juan del Sur, de donde unos con pasaportes y otros prófugos, volvieron al seno de su patria.





CAPÍTULO XII

Comisión del Gobierno para armonizar a los aliados. Incendio, ataque y ocupación de Granada. Muerte del General Paredes. Sucesos de Ometepe. Resistencia de Henningsen. Su salida de Granada.

El mismo día (19 de noviembre) en que Walker se retiró de Masaya, entró el Ministro de Guerra don Nicasio del Castillo, acompañado de los generales Paredes y Solares, que habían quedado en León enfermos.

Estos venían a ponerse al frente del ejército guatemalteco; aquél con una comisión del Gobierno.

Se sabía, porque era notorio, el desacuerdo de los jefes de los ejércitos aliados, desacuerdo tanto más funesto cuanto que nos hallábamos al borde de nuestra ruina, y en presencia de un enemigo que adquiría ventajas, sólo por nuestra división, de la cual eran más o menos culpables todos, a excepción de Paredes que había permanecido en León y siempre circunspecto en el límite de sus deberes. El Gobierno mismo con sus simpatías por unos, y antipatías por otros, y trabajando siempre por asegurar su posición para después de la guerra, fomentaba más tan fatales desavenencias.

Sin embargo, aparentando el carácter de conciliador, comisionó al citado Ministro Castillo para que trabajase por la armonía de dichos jefes. Así fue que éste convocó a todos para una conferencia secreta el 20 de noviembre, de la cual resultó que había la mejor inteligencia, y aun celebraron un acta que suplicaron al señor Castillo pusiese en conocimiento de su comitente. Todo esto era una pura farsa, o más bien parecía un juego de niños, que ahora riñen, y luego comen juntos para enseguida enfadarse.

El día siguiente, 21, hubo informes de que la plaza de Granada estaba con pocas fuerzas y que era la oportunidad de tomarla, por lo cual Paredes y Martínez resolvieron atacar el

próximo día 22. Belloso no opinó por el movimiento, y debía permanecer en Masaya con su ejército. A la hora de la partida se recibieron datos contrarios, pero Paredes, que todo lo había alistado para el camino, resolvió irse a Diriomo, consultando el mejor clima para él y para sus tropas recién venidas.

El 23, muy de mañana, el General Belloso solicitó de Martínez una escolta que fuese al Valle de Veinticuatro a proteger la deserción de los señores don Dámaso Sousa y Francisco Bravo, favorecidos ya con salvoconducto de la Comandancia para presentarse en Masaya. Estos señores, dijimos, eran los que daban a los aliados parte de los movimientos de los filibusteros; y como Martínez no quisiese brindar a ninguno de sus subalternos, por las antiguas rencillas que tenían con dichos señores, Belloso mandó tropa salvadoreña, guiada por Bibián Robleto, conoecedor de aquellos lugares.

En el punto designado encontraron a Sousa, pero no a Bravo, a quien fueron a buscar en otro que indicó el compañero; mas al llegar se sorprendió el citado Bravo, y se puso en fuga. Entonces uno de tantos le llamó y otro le disparó un tiro que le atravesó el corazón, cayendo bañado en su propia sangre. Así terminó su vida tempestuosa este hombre, cuyo carácter particular dimos a conocer en nuestra Primera Parte.

Belloso creyó culpable a Robleto, lo mandó encarcelar y a juzgarlo; pero por sus mismos subalternos se convenció de la inocencia y le puso en libertad.

Sousa informó que Walker con sus fuerzas se había trasladado a la isla de Ometepe, y que en Granada había quedado Henningsen sacando los almacenes, artillería y enfermos, e incendiando la ciudad; y que convenía precisar la marcha para salvar siquiera alguna parte de ella.

Luego que el jefe de los filibusteros regresó a Masaya, convocó a sus principales subalternos, y resolvieron la evacuación de la ciudad y el incendio de toda ella, cuya obra fue encomendada al referido Henningsen, el cual mandó publicar un bando, en que previno dentro de muy pocas horas la desocupación de todas las casas y edificios públicos, porque iban a ser entregados a las llamas. ¡Qué horror! ¡Qué barbarie! ¡Incendiar sin necesidad, sólo por destruir! Y sin embargo, los incendiarios se titulaban *civilizadores*, y a nosotros nos calificaban de salvajes, porque defendíamos nuestra vida y propiedad.

El propio días 23 se presentó a Paredes un joven, que le informó lo mismo que Sousa en Masaya, en cuyo incidente el General escribió a Martínez invitándole a acometer a Granada, y a que trazase el movimiento de las fuerzas sobre dicha ciudad.

Martínez le contestó de acuerdo, mandándole a uno de sus ayudantes, don José León Sandoval, hijo del Director del Estado que gobernó en 1845 y 46, y dueño de una finca situada al

sudeste de Granada, en la costa del lago, de manera que el expresado ayudante era el más conocedor y a propósito para conducir a los guatemaltecos a la citada finca.

Martínez con su división debía marchar por el lado norte, hasta la costa del mismo Lago, en el punto llamado Las Pilitas,¹ de donde se pondrían en comunicación ambas fuerzas. A la de este General añadió Beloso 200 salvadoreños bajo el inmediato mando de un Coronel, don Esteban Salazar, que tenía fama de valiente, pero casi obeso, ni siquiera fue a asomarse a los combates.

El 24 a la madrugada salió esta división de Masaya por el camino que llamaban de *Las Carretas*; a las 2 de la tarde desfilaba sobre las pequeñas colinas de la *Otra Banda*, y desde allí se divisaba la inmensa hoguera encendida por los hijos de Washington, en que se consumían siete templos, algunos magníficos, y los edificios públicos, y los de particulares que embellecían dicha ciudad. Daba lástima ver salir de los montes las familias arruinadas que habían abandonado sus hogares cuando los entregaban a las llamas los titulados *regeneradores* de la América Latina.

A las 3 llegaron a la playa del Lago. Dos vapores "*El Virgen*" y "*El San Carlos*", amarrados al muelle de "*El Fuertecito*" estaban cargando los elementos que aún no habían conducido, y esperaban que Henningsen y su división concluyesen la obra que se les había encomendado, para recibirlos a bordo.

Martínez llevaba un cañón de a 6, manejado por el Coronel cubano don Miguel Rodríguez, que tenía pretensiones de famoso artillero, a quien le ordenó que procurase dar en la máquina de alguno de dichos buques para ver si se lograba inutilizarlo; pero aunque asestó tres tiros, las balas no hicieron el menor daño.

Entre tanto, el Teniente Coronel don Francisco Gutiérrez, con la primera sección del Batallón N° 1, partió por el camino que llaman de *ganado*, a situarse en la calle de Guadalupe, y el Coronel don Segundo Cuaresma, con la segunda sección, a ocupar el convento de San Francisco, punto ventajoso para dominar la plaza.

Henningsen no esperaba a los aliados, y creía que en caso (de llegar) vendrían por Jalteva, razón porque desplegaba su vigilancia por ese lado.

Al oír el eco de ese cañón en la costa se sorprendió, y temiendo ser cortado, mandó 60 hombres a ocupar los puntos que le aseguraban la comunicación entre la plaza y el Lago. Esta compañía se encontró con la sección de Gutiérrez y trabaron un vivísimo combate, en que por fin cedieron los filibusteros, encerrándose en la iglesia de Guadalupe, que habían reservado del incendio para un caso como el que se les presentó.

¹ Donde ahora está la planta eléctrica.

La sección, auxiliada ya de una compañía de guatemaltecos, rodeó el templo, y no queriendo rendirse los sitiados, ni pudiendo abrir brecha por falta de artillería, resolvieron quemarlo. A proporción que el fuego devoraba la antigua techumbre, los filibusteros se reducían al último punto del edificio, y allí fue un parlamentario a ofrecerles garantías; pero en vez de aceptarlas, gritaron a una voz: “*Viva Walker*”. Hicieron enseguida esfuerzos para romper la línea; pero en vano, porque la única puerta de salida la encontraron erizada de bayonetas. Al fin les llegó el fuego, y todos perecieron antes que rendirse. Hubo uno que logró escapar de las llamas, y lanzándose a la puerta, encontró con el sargento Dionisio Chéves, quienes mutuamente se mataron disparándose a un tiempo los rifles.

Este Chéves fue el mismo que inició el motín y matanza de yanquis en Cunaguas.

Nuestras fuerzas se parapetaron entre las ruinas de Guadalupe, bajo el mando del Capitán don Ceferino González.

La sección destinada a tomar San Francisco salió mal parada. Los filibusteros estaban tendidos en ala, desde la plataforma hasta la última gradería, y pecho a pecho respondían el fuego que se les disparaba. Cuaresma fue herido, como muchos otros, y teníamos un montón de cadáveres, sin esperanza de triunfar, por cuya razón se empeñaron otras fuerzas, y hasta los principales jefes. Martínez dispuso que los generales Chamorro y Hernández mantuvieran el fuego, mientras él iba a disponer que al lado oriental se disparasen algunos cañonazos sobre dicho edificio para llamar la atención de los defensores.

En efecto, a ejecutarse iba esta operación cuando un ayudante llegó corriendo a dar parte al General que nuestras tropas, amedrentadas por la mortandad, se habían desbandado y huían sobre el camino para Malaco.

Chamorro y Hernández pelearon esa tarde con el mayor denuedo; mataron al caballo que montaba el primero, y él se paró con admirable impavidez a esperar que un ayudante le pusiese la montura al repuesto.

Sin embargo, estos dos jefes no pudieron contener la derrota. Martínez, al saberla, corrió sobre el camino de los Malacos, dejando a los que huían hasta una distancia en que vio que nadie iba adelante, y aunque muchos oficiales habían intentado detener a los corridos, y éstos se abrían paso con la bayoneta, a la vista del General en Jefe se contuvieron, y como amenazase con la espada al que diese un paso más, fueron formando y haciendo formar a los grupos sucesivos, de manera que sobre el mismo camino volvieron sin el pánico que llevaban.

Cuando llegaron a Las Pilitas, cuartel de nuestras fuerzas, encontraron allí al General Paredes, que con dos compañías había cruzado la Finca Sandoval, sin duda sabedor del fracaso de los septentrionales. El saludo de los jefes produjo confianza y alegría; Paredes, aunque en voz pausada, dijo una corta arenga en que prometió a los soldados la victoria, y terminó con vivas a los salvadoreños, a los nicaragüenses y a todos los gobiernos de Centro América, que fueron respondidos con entusiasmo.

Eran ya las 6 y media de la tarde, y apenas quedó tiempo para guarecer al ejército en las casuchas del barrio de Santa Lucía. Teníamos más de 40 heridos, y ni un cirujano, ni medicinas, ni una tienda de campaña para favorecerlos. El cuerpo de reserva estaba, como hemos dicho, en Las Pilitas, bajo una ceiba que le servía de pabellón. Por desgracia la noche de ese día, (24 de noviembre de 1856) fue de constante lluvia; que apagaba los ayes de los moribundos, hasta que el sol vino con su luz a enseñar a los que habían fallecido, y a iluminar el campo para recomenzar los combates.

En efecto, los filibusteros cargaron con ímpetu sobre Guadalupe para abrirse paso al Lago; González defendía el punto, y para mayor seguridad le mandaron de auxilio una compañía guatemalteca, de suerte que se mantenía allí un fuego continuo.

El General Martínez persistió en el propósito de apoderarse de San Francisco, no ya estrellando su tropa sobre las murallas del edificio, sino tomando las manzanas circunvecinas, que estaban incendiadas. Así fue que al ver los filibusteros esta operación, temieron ser cortados, abandonaron las paredes del referido convento, y se concentraron a la plaza.

La noche del 25 fue más lluviosa que la anterior, y el día siguiente, 26, los filibusteros, más estrechados en la plaza y calle de Guadalupe, cañonearon sin cesar los fortines por la necesidad de salir para el Lago. El General Martínez mandó suplicarle a Paredes que llamase la atención al enemigo por su lado, para que no cargase tanto sobre Guadalupe, y aunque prometió hacerlo, el fuego aumentaba antes que disminuir.

Entonces el primero mandó un ayudante de toda su confianza, don Ascensión Rivas, a explicarle al segundo el número de heridos que salían de las ruinas de Guadalupe, y a encarecerle la necesidad del ataque del flanco, que antes se le había suplicado.

Paredes, contra su habitual carácter y moderación, se indignó en tal extremo, que desenvainó la espada y desafió al ayudante a que fuesen juntos a provocar al enemigo. Rivas le contestó que su misión no era otra que transmitirle un mensaje de su superior.

Martínez oyó furioso la relación de Rivas, y le ordenó que dijese a González *que abandonase el punto de Guadalupe*, orden dictada en un momento de despecho, que iba a ser muy funesta

a la causa nacional. El General Chamorro, el Comisario de Guerra don Ramón Alegria, y el que escribe estos apuntamientos corrimos a contener al ayudante que no comunicase la orden, respondiéndole por el resultado. Volvimos a donde el General, y accedió fácilmente a nuestras indicaciones.

Algunas horas después llegó Paredes a nuestro campamento, y no se habló siquiera del incidente desagradable que había pasado. Se trató de activar las operaciones de la guerra, y se convino en lo siguiente.

Asaltar El Fuertecito la noche inmediata, y la plaza el día siguiente. Martínez dio la elección a Paredes, y éste eligió la ocupación del primero.

Dijimos en nuestra Primera Parte que el Fuertecito fue construido por los españoles entre el agua, y comunicado por un terraplén largo y estrecho, batido en ambos lados por las embravecidas olas del Gran Lago. Arrancando de dicha fortaleza se había construido recientemente un muelle de madera muy sólido, donde amarraban los vapores de la Compañía del Tránsito, por lo cual se deja ver el interés de los filibusteros en conservar este punto hasta el último instante, y la dificultad de asaltar por el terraplén que mencionamos, cuya parte de entrada estaba cubierta con trinchera de palos y gruesa artillería.

Por fortuna, nuestro aparecimiento repentino en la costa no permitió a los aventureros dejar allí más que una guarnición de 25 hombres; pero éstos no bastaban para defender un punto tan ventajoso. Nosotros tuvimos estos datos, merced a un hijo del país que había podido desertarse.

Se convino, pues, en el siguiente plan: A las 8 de la noche se tiraría un cañonazo del campamento de Paredes, situado al sur, y minutos después otro del de Martínez, colocado al norte, alternando con el mismo espacio de tiempo tres tiros de cada parte. Durante este cañoneo caminarían 200 guatemaltecos a la orilla del monte, hasta situarse al pie del terraplén, y al sexto y último disparo cargarían sobre el fortín. Era seguro que los americanos, temerosos de un cañonazo, se ocultaran en el interior de El Fuerte, y que en tal situación podía sorprenderseles.

La operación la encomendó Paredes al Teniente Coronel don Mariano Villalobos, valiente de mala fama, de quien sus compatriotas deseaban deshacerse, y la ejecutó con tal silencio y orden, que no sólo llegó al terraplén sin ser visto o sentido, sino que subió y rompió el fuego sobre la misma trinchera de la entrada. El centinela estaba cubierto con el muro, y el resto de la guarnición guarecidos por distintas partes, porque quiso la casualidad que uno de tantos cañonazos les matase un soldado.

Sin embargo de tan feliz sorpresa, los yanquis pelearon en la propia trinchera, después en la casa interior, y por último a lo largo del muelle, hasta que, muertos y heridos más de la mitad, se rindieron unos y se ahogaron otros, que tuvieron la osadía de arrojar al agua. Hubo uno que a nado pudo tentar tierra, y caminando por el agua al pecho paralelamente a la costa, salió fuera del campamento septentrional, y por el camino directo llegó a Los Cocos.

La noche era muy oscura; el Lago estaba muy manso. Nosotros veíamos de cerca el fuego sin peligro, y antes bien divertidos, porque divisábamos las corrientes de luz que salían de cada boca de fuego, y que se reflejaban en el agua que teníamos en el intermedio. Mas cuando el combate se prolongó y el Fuerte quedó en tinieblas, padecemos un poco de angustia, creyendo que habíamos perdido; pero de repente se encendió una luz, señal convenida para anunciar el triunfo, y a un tiempo exclamamos: *hemos triunfado*.

Martínez dijo: *“Paredes ha cumplido su compromiso; mañana llenaremos el nuestro”*.

Los septentrionales que ocuparon San Francisco y las manzanas vecinas, habían ido avanzando entre boquetes, hasta situarse entre las ruinas contiguas a la plaza.

Los filibusteros ocupaban el cuartel principal y la Parroquia, que habían reservado para su alojamiento.

A la diana del día 27 los generales Chamorro y Hernández andaban montados, alistando las compañías destinadas para el asalto. El Capitán Usaga, aquel que llevó la nota de la mayor cobardía, porque no pudo defender la primera línea trazada en Jalteva, cuando la guerra civil, se acreditó en esta vez como valiente y activo para avanzar y parapetarse.

Luego que amaneció fue roto el fuego sin interrupción, estimulados los antiguos legitimistas con la brillante acción de los guatemaltecos.

El principal fue abandonado pero en llamas; de la Parroquia salían las columnas de humo de incendio que la devoraba. Entonces el batallón septentrional se precipitó a la plaza, y casi a un tiempo la torre derecha de la iglesia saltó hecha pedazos por una mina de pólvora, con que se calculó causar graves daños a los asaltadores. Por fortuna sólo un caballo murió al golpe de uno de los fragmentos.

En este día el Capellán Presbítero don Rafael Villavicencio, se colmó de gloria como sacerdote y como hombre, entrando solo al incendiado templo y volviendo cargado de alhajas de oro y plata preciosas, como el copón, la custodia, un viso o rayo con magníficas piedras, y otras muchas cosas que salvó en repetidos viajes, en medio de los peligros, hasta que el sagrado techo cayó por entero convertido en brasas. A este heroísmo, que participaba de religión y de patriotismo, debe la Iglesia de Granada los vasos y alhajas que hoy tiene.

Por estas mismas cosas siguió una cuestión entre el Vicario Capitular, que ordenaba la entrega de ellas a un clérigo de León, y el General Martínez, que resistía la orden, creyendo que el propósito era llevar las alhajas y no devolverlas a al iglesia. El Vicario cedió al fin a la negativa obstinada de dicho general.

Los bucaneros, desalojados de la plaza, se concentraron a la *Cirene*, una casa de alto situada al oriente de la Parroquia, de donde hirieron a muchos que cruzaban incautos la plaza. Mas el Capitán don Bartolomé Sandoval, que le llamaban *Loco*, valiente hasta la temeridad, motu proprio,¹ recogió soldados de todas las divisiones, y los echó sobre la *Cirene*, que tomó a pura fuerza, perdiendo algunos soldados que le mataron.

Sin embargo de este nuevo triunfo, Sandoval temió el cargo de los jefes, y huyó a una posesión vecina, en donde murió de cierto desarreglo que tuvo después de la gran agitación de la pelea.

Quitados los yanquis de la plaza, pudimos contemplar todo el horror de una ciudad en cenizas, y toda la barbaridad de los autores de tan inútil destrucción... ¡Qué fácil es destruir! ¡Qué difícil edificar! En tres días los *civilizadores* norteamericanos habían echado abajo las obras seculares de los españoles y de los nicaragüenses, que habían perdonado las guerras intestinas.

Tan amontonadas las ruinas, unas sobre otras, era dificultoso conocer las casas que nos habían sido familiares. A propósito de esto, contaremos este suceso curioso. Cuando fuimos estudiantes visitábamos la casa de un amigo, y siempre nos llamaba la atención una imagen de María, en estampa, pendiente de una pared, y en cuyo cuadro se leía: "*Virgenes hay muchas, pero no son Madres; tú por serlo eres Virgen singular*". El día referido llegamos a la plaza, 27 de noviembre, nos dirigimos por señales a la casa del amigo, y con asombro y recuerdos dolorosos vimos el cuadro de María de que acabamos de hablar, recostado al pie de la pared en que pendía, y quemado apenas uno de los ángulos. Todo había sido devorado por el fuego; sólo aquella imagen se había salvado. Unos atribuyeron esto a la casualidad, otros al milagro; nosotros nos llevamos el cuadro a nuestro cuartel, y lo volvimos después a su dueño.

Quedaban, pues, los extranjeros encerrados en una calle, la de *Guadalupe*, entre la *Cirene* y las ruinas de la iglesia que defendía el Capitán Ceferino González. Los guatemaltecos les estrechaban por el sur; los septentrionales, por el norte.

La misma tarde del día 27, conferenciaron Paredes y Martínez sobre las operaciones que debían continuar para completar el triunfo. El primero tenía muy buen concepto del juicio y capacidades militares del segundo, y además le concedía

¹ En el original: de muto propio.

la ventaja del conocimiento del terreno, por cuya razón casi siempre se sometía a sus disposiciones.

Martínez temía a los filibusteros encerrados entre edificios, y creía que Henningsen ignoraba la toma de El Fuertecito. En consecuencia, opinaba que desocupando a Guadalupe, los enemigos se precipitarían a la costa del Lago, con el objeto de encerrarse en dicha fortaleza, para irse a bordo de algún vapor en la primera oportunidad. Desde luego Martínez se imaginaba que rechazados los bucaneros por los nicaragüenses que hacían la guarnición de El Fuerte, y batidos a la retaguardia por el ejército aliado de la costa, era obra de un momento vencerlos, sin escapar ninguno, excepto los que se rindiesen.

Paredes aprobó el plan, que no se ejecutó del momento porque era avanzado el día. El 28, muy de mañana, González desfiló con sus compañías al lado norte, abandonando la posición que tanto había defendido; y cuando se esperaba a Henningsen incautamente saliendo a las márgenes del Lago, se le vio ocupar Guadalupe y sentar sus reales en una finca que llamaba de doña Sabina, con agua y platanares, situada cerca de la costa.

Así fue que Henningsen burló a los aliados, y mejoró de situación sin esfuerzo de su parte. Al punto conocieron el error que habían cometido y trataron de deshacerlo. Por ello debían atacar a los filibusteros sobre la marcha para no permitirles tiempo que se fortificasen.

El General Belloso acababa de llegar a Granada, y fue invitado para la conferencia. Este jefe había quitado a Martínez los 200 salvadoreños que le dio bajo el mando del Coronel Salazar, y con 200 más que mandó de Masaya, los puso bajo el del General don Indalecio Cordero, disipado y nulo por su incapacidad y malas costumbres.

Bien, pues, Belloso ofreció concurrir con 200 hombres para el ataque de la tarde, mas a la hora convenida se supo que se había ido para Masaya, dejando orden a Cordero de no dar tropa para el asalto.

Paredes se enojó profundamente, tal que le escribió un despacho, haciéndole presente los males resultivos de dar tregua a los filibusteros para que se fortificasen. Belloso contestó que regresaría en la tarde del 29, o en la mañana del 30.

El ayudante que condujo estas notas, llevó la noticia de la muerte del General don Joaquín Solares, que en Masaya fue atacado de fiebre, cuyo suceso fue sentido por todos los guatemaltecos.

Belloso legó el 30. Al momento se mandó alistar todo para atacar a las 3 de la tarde, aproximando a las paredes de Guadalupe 200 guatemaltecos por el sur; 200 salvadoreños por el occidente, e igual número de septentrionales por el norte. A la hora designada, a un toque de clarín, los 600 aliados

embistieron sobre las trincheras de las puertas, que encontraron totalmente obstruidas, y aunque metían sus fusiles en las claraboyas, los yanquis hacían terrible daño, tirando de los puntos más elevados de las paredes. Los aliados tuvieron que retirarse a las 6 de la tarde, después de un esfuerzo estéril, y antes bien funesto para nosotros, que contamos varios muertos y gran número de heridos.

A la vista de este mal suceso, resolvieron no atacar más, y estrechar a los enemigos a rendirse por hambre, calculando que serían muy pocos los alimentos que tendrían acopiados.

Paredes, desde que supo la muerte de Solares, andaba abatido, revelando un miedo profundo a la enfermedad. El 1º de diciembre llegó a nuestro cuartel, se acostó en una hamaca, con la espada puesta sobre la frente, en donde estuvo largo rato hablando solo cual un demente. *-¡Pobre, decía, la esposa de Solares! ¿Qué será de la mía si le toca igual suerte?* Sin despedirse de nadie se marchó.

El día siguiente 2, a las 4 de la mañana, llegó un ayudante a anunciar al General Martínez que Paredes estaba atacado del cólera, y a suplicarle que mandase el capellán y cirujano de su división, como en efecto partieron el Presbítero Villavicencio y el Licenciado don Pablo Chamorro, joven capaz y patriota, que prestó nobles servicios en la campaña, y a quien poco después arrebató la muerte en lo mejor de la edad y de sus esperanzas.

Pocas horas después uno y otro regresaron participando el fallecimiento del jefe guatemalteco. La impresión fue profunda, lo mismo entre sus compatriotas que entre los nicaragüenses. El General Martínez, con su estado mayor, se alistaba para ir a la finca de Sandoval, a dar el pésame a Zavala, cuando éste llegó diciendo: *-“Ahora sí, vamos a hacer diablos de zacate”*, aludiendo a que el mando en jefe había recaído sobre él, por la muerte de Paredes, que con su habitual prudencia dificultaba un tanto las operaciones.

Levando el propósito de sitiar a Henningsen, los aliados determinaron estrecharle cuanto fuese posible. Construyeron una explanada sobre las paredes de la iglesia de Esquipulas, que edificó la piedad de una anciana, pidiendo limosnas en muchos años, y que el tizón filibustero destruyó en un momento. Sobre dicha explanada, que dominaba el campamento de los filibusteros, colocaron un cañón de grueso calibre; pero inútil, ¡quién creyera! porque no había parque sino para uno que otro tiro que se disparaba de cuando en cuando.

Los septentrionales por el norte y los guatemaltecos por el sur avanzaron por entre los platanares hasta puntos muy cercanos, tal que los cadáveres (de los guatemaltecos que habían padecido el cólera) los echaban sobre el riachuelo que daba sus aguas corrompidas a los aventureros.

El Fuertecito fue confiado al oficial granadino Hilario Mongrio con 17 soldados septentrionales, y al pie de terraplén se levantaron grandes reductos de arena y de madera, en donde se colocaron 600 salvadoreños con sus respectivos jefes.

Henningsen no tenía más que 150 hombres que le habían quedado, de 300 que contaba al principio de la guerra en Granada. En el rancho pajizo del platanar de doña Sabina mandó hacer una gran excavación para librarse del cañoneo y zanjas profundas para comunicar este cuartel con la iglesia de Guadalupe. Allí tenían los elementos de boca y guerra que pudo acopiar para sostener el sitio y que iban gastando con la mayor economía para conservarse algún tiempo.

Algunos días después se presentaron varios desertores del campamento filibustero, tan debilitados por el hambre, que era preciso fortalecerlos con pan y vino para tomarles declaración sobre el estado de los sitiados.

Zavala escribió a Henningsen que se rindiese bajo garantías, cuya carta le envió con un prisionero, a la cual contestó negativamente. Pocos días después volvió a escribirle, y sólo de palabras respondió: *que era soldado y que no se le hablase más de rendición.*

Cuando Walker resolvió el incendio de Granada, se dijo y se creyó que iba a fijarse en la isla de Ometepe, situada en la parte meridional del Gran Lago, a ocho o nueve millas distante de la costa de Rivas. Isla extensa y abundante en frutos, con dos poblaciones, una grande al norte, y otra pequeña al sur, separadas 12 millas y comunicadas por un camino cubierto de la más lujosa vegetación y *macadamizado* por la naturaleza... Temblamos al saber este proyecto, porque creímos al filibusterismo invencible por nosotros, que no teníamos una sola embarcación, mientras que Walker disponía de vapores en que diariamente podía mandar expediciones a Chontales, Granada y Rivas.

Por fortuna no fue así. Walker no dejó en Ometepe sino los heridos y enfermos llevados de Granada y unos pocos soldados de custodia. Sus fuerzas las llevó a San Jorge, que dista tres millas de Rivas, en cuya plaza estaban fortificados Jerez y Cañas, como dijimos anteriormente.

Más de 100 indios de la isla, capitaneados por el Cura Presbítero don Francisco Tijerino, más soldado que sacerdote, y por un señor Trigueros, influyente entre ellos, se lanzaron el 1º de diciembre sobre los heridos y su custodia, retirándose el día siguiente a la montaña. En sus ágiles botes condujeron unas armas que les dio Cañas, y el 6 volvieron al pueblo de Moyogalpa, que incendiaron de extremo a extremo; desentecharon el templo y destruyeron todas las plantaciones que podían servir a los walkeristas. Así, estos naturales daban

lecciones de patriotismo a los centroamericanos que tan raquiticamente hacíamos la guerra.

Walker en San Jorge no hostilizaba a la plaza de Rivas, teniendo sin duda fija la atención en salvar a Henningsen en Granada. Mantenía un vapor fuera de tiro de cañón observando a los aliados, y otro en continuo movimiento de San Jorge al vapor de observación y viceversa. Primero mandó a don Bruno Naztmer y después a Hornsby, y parece que ambos dificultaban un desembarco, por lo cual vino Walker personalmente.

El 11 de diciembre amaneció anclado el vapor “Virgen”, que se había ido días antes, señal de novedad. Los jefes aliados desde El Fuertecito procuraban divisar con sus anteojos, y vieron una lancha que se desprendió con rumbo al sur, y creyeron que se trataba de facilitar un embarco a los sitiados; pero muy cerca de tierra viró y anduvo voltejeando un ligero espacio. Un hombre se paró entre ella y quitándose el sombrero lo agitó en la mano largo rato. La lancha volvió la proa a al vapor de donde había salido.

En ese momento los sitiados cargaron sobre la línea de los guatemaltecos, y se trabó un fuego que cesó por otra carga que hicieron los del ejército septentrional. Está claro que esta acometida fue para avisar a los que estaban a bordo, que aun se mantenían firmes esperando que los salvaran.

Por estos signos se aguardaba alguna novedad, pero los aliados se limitaron a mandar a un oficial con 30 hombres que impidiesen un desembarco en Tepetate, el mismo punto donde arribó Walker cuando tomó la plaza de Granada.

La tarde del propio día 11 fue de puro placer, porque anunció su llegada el General don Florencio Xatruch con el primer auxilio que el Gobierno de Honduras mandaba al ejército aliado, a fuerza de exigencias de los otros gobiernos, que Guardiola esquivaba con sus evasivas de costumbre. El auxilio constaba de 200 hombres, pero se le consideraba mucho por la superioridad del soldado hondureño.

La causa nacional poco tenía que esperar de la capacidad de Xatruch, pero sí de su valor, y mucho más de su patriotismo: le vimos pelear siempre con denuedo en la guerra de la legitimidad, y después, convertido en emigrado nicaragüense, buscar apoyo en los Estados para hacer la guerra al filibusterismo, hasta que consiguió con su Gobierno la columna con que entró el día mencionado. Xatruch ocupó el mismo cuartel que sus antiguos amigo Martínez y Chamorro.

Celebraban la venida de este jefe, cuando dieron parte de que los vapores se movían hacia el norte; y efectivamente con la mayor velocidad desembarcaron en el referido punto de Tepetate unos 150 hombres, poniéndose en fuga la guerrilla que se mandó a contener el desembarco.

El camino de Tepetate para Granada tiene a la derecha en toda su longitud el *Charco*¹ y a la izquierda el Lago, y es bastante extenso y arenoso, de manera que una trinchera de arena y 25 soldados defendiéndola pudieron detener aquellos hombres y concluirlos, sin salvarse uno, porque estaban en imposibilidad de reembarcarse. La noche era oscura, tempestuosa y las olas batían con furor la costa.

El Teniente Coronel Gutiérrez fue mandado a parapetarse en el punto más estrecho del camino, mas no había concluido la barricada, cuando los filibusteros le rompieron un fuego mortífero al grito de *go no*, y no pudo detenerlos. El General Martínez salió con 100 hombres al oír el fuego con Gutiérrez, y encontrando a éste en retirada, contramarchó, mandando pedir gente al General Belloso para situarla en una subida al entrar al barrio Santa Lucía.

Belloso no quiso comprometer a sus soldados y pidió los suyos a Xatruch, que tuvo la deferencia de dárselos, sin embargo el cansancio del camino.

Entre tanto el mismo Belloso propuso a Zavala y Martínez que, no habiéndose podido detener a los enemigos en el camino estrecho, convenía retirar las fuerzas a Jalteva, y uno y otro se opusieron a tal proyecto; pero aquél no desistió de ejecutarlo por su parte.

El fuego se rompió en la subida a Santa Lucía, tan nutrido que no había un instante de interrupción. Los americanos tenían de su parte las ventajas de que vestían de negro y peleaban con rifles y *revolvers*, mientras los nuestros con ropa blanca y fusiles de piedra, a cuyo fognazo se iluminaban todos, y aquéllos no perdían un tiro; además, que los aliados tenían un pavor, que no había oficial ni jefe que pudiese conservar el orden y animar a los suyos al combate.

Belloso por fin levantó sus tropas y abandonó los cuadros que cubrían la costa del Lago; pero viendo que entre El Fuertecito estaba una guarnición y que ésta quedaba allí cortada, llamó al oficial Mongrío, y diciéndole que se retirase junto con él, le contestó que no lo haría sin orden de su jefe, que era el General Martínez.

—“Retírese Ud. de mi orden”. —“Señor, no lo reconozco a Ud. por superior”.

Bellos le envió a uno de sus ayudantes que a nombre de Martínez le comunicase la orden, y habiéndolo verificado, Mongrío le replicó: —“*Ud. no es ayudante del General Martínez*”.

Belloso no insistió más.

¹ Este Charco ya no existe.

Los filibusteros tomaron la trinchera de Santa Lucía, y ya no encontraron obstáculo que les impidiese juntarse con Henningsen, a cuyo campamento llegaron a medianoche. No querían ni pretendían otra cosa.

Sin embargo, en el campo de los aliados el pavor crecía a cada momento. Los hondureños venidos el día antes habían sido deshechos, y el resto vagaba en grupos perdidos entre las ruinas, y lo mismo los soldados del ejército septentrional.

Xatruch, Martínez, Chamorro, Zavala, con todos los del estado mayor andaban montados organizando las compañías que iban recogiendo, en cuyos momentos llegó otra vez Beloso a invitarles que se fuesen a Masaya, Zavala le dio una contestación desagradable, Xatruch no hablaba de ira, y Martínez le inculpó las desgracias presentes y futuras.

Beloso le replicó que se había retirado porque se creía el objeto del odio y de la irrisión de todos, pues que sus opiniones no eran consideradas, y en fin, porque entre los aliados no reinaba más que la insubordinación.- *“Vea Ud., añadió, el oficial encargado de El Fuertecito va a perder allí la guarnición por insubordinado”*.

“Por hombre, porque es todo un valiente, porque sabe de su deber, porque tiene honor”; -dijo Martínez con voces y ademanes que indicaban más bien una riña que una disputa.

Beloso arrendó su caballo y con los suyos se encaminó para Masaya, a cuya ciudad llegó el día siguiente al amanecer, difundiendo la alarma de haber sido derrotado el ejército aliado, especie que confirmaba la presencia de las gentes del pueblo granadino, que a pie, llegaban buscando donde salvarse.

No paró allí el mal causado por el jefe salvadoreño, sino que por despecho, o tal vez porque creyó realmente la pérdida, mandó con ex profeso orden a Jerez para que se trasladase a Masaya con su gente y al General Cañas para que regresase a Costa Rica. ¡Orden funesta! El día que la recibieron, habían escrito a Martínez, que Walker permanecía en San Jorge sin tendencia de atacarles; pero si lo ejecutaba se hallaban seguros de la victoria.

Sin embargo, Jerez era subalterno y fuéle preciso obedecer. Cañas no podía permanecer solo en Rivas, ni quería regresar a Costa Rica, cuando había venido a combatir al filibusterismo. Siguió Jerez al interior de esta República, y Walker, sin costarle una gota de sangre, ocupó la plaza de dicha ciudad, la más fuerte de aquel departamento.

Volvamos a Granada. En medio del pavor y confusión de la noche del 11, el General Martínez se afanaba en salvar al valiente oficial y guarnición que había quedado cortada en El Fuertecito.

El oficial don Miguel Herrera, hondureño, hijo de don Dionisio que gobernó a Nicaragua de 1830 a 1834, joven capaz, valiente, loco por ambición de gloria militar, en cuya solicitud vino a servir al lado de los legitimistas, emigró con ellos y volvió a pelear contra Walker desde los primeros movimientos de Matagalpa, se brindó a conducir la orden a Mongrío, y Martínez se la dio, instruyéndole que incendiasen el muelle y la casa de El Fuertecito; el muelle, para que los filibusteros no pudiesen llevar la artillería de grueso calibre, y la casita, como señal de la salida para protegerlos al lado del campamento guatemalteco.

Al favor de la oscuridad pudo atravesar los peligros y llegar salvo a la Fortaleza, y ejecutado todo, hasta desmontar los cañones, incendiaron la casita, y con una pieza volante se lanzaron a la costa, en ocasión que los guatemaltecos hacían fuego para llamar la atención de los filibusteros. Sin embargo, éstos quitaron la pieza, mataron e hirieron unos pocos de los soldados de Mongrío y los demás se dispersaron para salvarse individualmente; pero en fin, casi toda la guarnición llegó sucesivamente a nuestro cuartel.

Desde luego los filibusteros tomaron posesión del expresado Fuertecito, y durante todo el día 12 estuvieron llevando a bordo de los vapores la gente y cuanto era transportable en lanchas, porque la falta del muelle no les permitió embarcar las cosas abultadas o de mucho peso.

El 13 de octubre de 55 arribó Walker a la costa de Granada.

El 13 de diciembre de 56 se despidió de estas playas para no verlas jamás.

En El Fuertecito dejaron un asta con esta inscripción: **“AQUÍ FUE GRANADA”.**

Nosotros llevamos la mengua de la debilidad, por causa de la desunión; pero ellos, la de *bárbaros*. Henningsen, de quien se decía en alabanza que había sido oficial del ejército inglés, ayudante de Zumalacárregui en España, y buen escritor demócrata, creyó dar un parte honorífico cuando escribió al aventurero Walker el siguiente:

“Señor:

“En la tarde del 22 de noviembre de 1856 tomé posesión del mando de la ciudad y fuerzas de Granada. Sus órdenes fueron destruir a Granada, y evacuar la ciudad con todos los almacenes, artillería, enfermos, soldados y familias americanas y nativas. Su orden ha sido obedecida. Granada ha dejado de existir”.

Esta era la civilización y engrandecimiento que nos prometían los hijos de la Gran República.

Nuestras tropas, reconociendo el campo, encontraron en el monte varios heridos que fueron bien tratados, menos uno, que apoyado en un rifle por tener una pierna quebrada en la noche del 11, respondió al General Martínez: -¿De dónde es Ud.? -De Nueva Orleans. -¿Qué vino a hacer a Nicaragua? -A filibustear. -¿Qué religión es la de Ud.? -Ninguna. -Va Ud. a morir. -Muy bien. Y volvió la espalda.

El Capellán corrió a ofrecerle el bautismo, y lo rechazó con indignación.

Una descarga puso fin a su existencia.





CAPÍTULO XIII

Marcha de los generales aliados a León. Conferencia con el Gobierno Provisorio. El General Bosque propuso el objeto de su comisión ante el Gobierno. Regreso de los mismos a Masaya. Intento de nombrar un General en Jefe. Tiro asestado al Ministro Castillo en León: sensación profunda y separación de él y de Cardenal de sus Ministerios.

Dejemos a Walker en Rivas, y vamos a seguir los pasos de los generales aliados, cuya falta de armonía había sido tan funesta a la causa nacional, según lo hemos visto en el curso de los sucesos que hemos contado.

Belloso no permaneció mucho tiempo en Masaya: se fue a León, refiriendo mil quejas de sus colegas Martínez y Zavala.

Éstos resolvieron ir también a dicha ciudad, dejando sus divisiones a cargo de sus segundos jefes. Llegaron el 22 de diciembre (1856) y con fecha 23 dirigió el primero una comunicación al Ministro de Guerra, manifestándole que, a consecuencia de la retirada del General Belloso del teatro de la guerra y de la desocupación de la plaza de Rivas, ordenada por él mismo, había una exaltación tan grave que, en su concepto, convenía una reunión de todos los jefes en presencia del Gobierno, para dictar medidas serias y eficaces que pusieran término a tan peligroso malestar. Concluyó la nota ofreciendo que si él (Martínez) era la causa de los disturbios, estaba pronto a separarse.

El segundo (Zavala) escribió otra nota al propio Ministro diciéndole: *“Que sabía que en León se gritaban mueras a los guatemaltecos; que traía su guardia de honor para hacerse respetar; que pedía el castigo de los que proferían los referidos mueras; y que si no eran castigados, que se le diesen bagajes para regresar a Guatemala”.*

Desde luego se comprende que estas fueron amenazas sin intención y hasta sin facultad de cumplirlas.

El Gobierno convino en la conferencia, a cuyo fin invitó al señor Belloso, que se mostró deferente por su parte.

Así fue que se verificó el 24, a las 6 de la tarde, en la Casa de Gobierno, ante el Presidente Rivas y sus Ministros don Sebastián Salinas, don Pedro Cardenal, don Nicasio del Castillo y don Francisco Baca.

Asistió también el General don Manuel Bosque, el mismo que en la guerra civil le vimos figurar de Coronel. Éste, aunque de origen español, tomó participio muy activo a favor de la legitimidad, y enseguida de la causa centroamericana contra el filibusterismo. Llegó a León antes que los generales referidos y su misión era invitar al Gobierno, a nombre de los aliados, para que se trasladase a Managua, o a otro punto de donde pudiese ver de cerca las necesidades del ejército, y cuanto exigía la salvación el país para que con prontitud dictase las medidas convenientes.

Mucho tiempo estuvieron sentados sin hablar palabra, y el público, impaciente, deseaba saber cuál era el objeto de la reunión. Era la prueba de que no tenía ninguno importante y que eran puras mezquindades, dignas más bien de ocultarse que de darse a luz, las que habían determinado aquella gran reunión.

El Presidente Rivas, nulo en sí, y más nulificado por el hábito de servir de simulacro, no habló palabra; ni siquiera indicó el objeto de la conferencia, ni excitó a ninguno para que la iniciase. Tenía un pañuelo en las manos, con el cual estuvo distraído haciendo y deshaciendo figuras, hasta que terminó aquella pueril escena.

El Ministro Salinas rompió por fin el silencio con un discurso largo, lleno de repeticiones, excitando a los jefes a volver a la campaña, y ofreciendo que él mismo *estaba pronto a dejar el Ministerio y acompañarles de soldado raso*. Comenzó y terminó su peroración con estas palabras: *-¿Qué hacen los generales aquí? ¿Por qué no están haciendo la guerra? Esto preguntan todos; las esposas a los esposos, las hijas a las madres, etc., etc.*

Zavala contestó: *-Que las hijas, si son jóvenes y hermosas, me lo pregunten a mí; y las nanas, si viejas o feas, al señor Ministro.*

Era tal la degradación de aquel Poder, que no hubo una voz que reclamase el orden en virtud de la concurrencia y de la seriedad del acto; y antes bien se celebró con risa la jocosidad del mencionado jefe.

Belloso dijo que no estaba dispuesto a volver a la campaña, porque los otros jefes le criticaban, no sólo sus operaciones, sino hasta su *modo de hablar*; que no le llamaban por su nombre o apellido, sino por apodosos difamantes, y era porque le decían *Nana Belloso* para presentarle cobarde como una vieja. Por este orden expuso otras nimiedades, que quisiéramos

sepultar en el olvido, y de que no haríamos mención, si no fuera que dichas puerilidades ejercieron una gran influencia en la malandanza de la guerra nacional y aun pusieron al país al borde de su ruina.

Estas especias las negaron los otros jefes, y las atribuyeron a personas mal intencionadas que sembraban la cizaña entre ellos, de suerte que después de estas explicaciones se encontraron compañeros con la inteligencia más cordial. Para ostentarla proyectaron un paseo en las calles, que se verificó el día siguiente en la tarde.

Belloso, en medio de Martínez y Zavala, iba adelante; enseguida los ayudantes respectivos; y a continuación otros jefes de Estado Mayor, en grupos, confundidos con varios ciudadanos de importancia que fueron convidados.

También publicaron un manifiesto (fecha 25 de diciembre) firmado por Belloso, Zavala, Martínez y Bosque, diciendo que habían ido a León a convenir con el Gobierno en un plan fijo para terminar la campaña, y que no se trazó al principio por la violencia con que fue iniciada. Asimismo que llevaron el objeto de ostentar la armonía que reinaba entre ellos, y que sin duda los enemigos se habían propuesto romper por medio de *chismes* y otros medios reprobados.

Pero hasta allí llegó la armonía de estos jefes; todo lo que habían dicho y publicado estaba desmentido con la notoriedad de los acontecimientos; no trazaron tal plan de campaña, ni reinaba la menor amistad entre ellos. Belloso no volvió a la campaña, ni el resto de las fuerzas que tenía en dicha ciudad.

Antes de disolverse la Junta de que hemos venido hablando, el General Bosque tuvo oportunidad de hacer que se tratase el objeto de su comisión; y como interpelase al Presidente, éste dijo *que estaba por lo que dijese los Ministros*.

Tres de ellos se manifestaron diferentes. Salinas opinó que este asunto, es decir, la traslación del Gobierno al Departamento de Oriente, se dejase para el día siguiente.

Entonces Bosque se alteró un tanto y expuso: *“Desde el día 20 estoy aquí aguardando una contestación que pudo dárseme en el acto, y que se ha venido postergando de día en día. Necesito volver con la respuesta a mi comisión, y suplico que ahora se resuelva sí o no”*.

Salinas vio bien claro que en aquella Junta no podía resolverse más que la *“traslación”*, paso que bajo todo aspecto era conveniente a la causa general; pero dañoso a los intereses seccionales o de partido, y que por consecuencia no podía combatirlo en público.

Así fue que para impresionar al Presidente por la negativa, dijo: *Si se cree necesaria la presencia del Gobierno cerca del teatro de la guerra, podía trasladarse; pero que él no continuaría*

su cartera, porque tenía dos ancianos padres, que necesitaban sus cuidados personales.

-¿Cómo es eso, señor Salinas, le objetó Zavala, acaba Ud. de ofrecernos que nos acompañaría de soldado, con fusil al hombro, y ahora se excusa Ud. ir de Ministro?

Volvió a provocar la risa con este exabrupto; pero al menos daba ocasión la contradicción manifiesta del expresado Ministro.

Tal como hemos dicho fue la resolución adoptada; que el Gobierno vendría al Departamento de Oriente para atender a las exigencias de la campaña; pero el resultado fue que no vino.

Martínez y Zavala volvieron a León altamente impresionados con el peligro que corriamos por la falta de un jefe que diese unidad a las operaciones militares y se resolvieron proponer a los demás generales que nombrasen uno, de común acuerdo, mientras los gobiernos daban este paso, el primero que debieron dar, calculando que, entre seis jefes de seis secciones más o menos rivales, no podía mantenerse sino la anarquía, tanto más grande y fecunda en males, cuanto mayor fuera el número de tropas de cada uno.

Vista nuestra guerra nacional a distancia de lugar o tiempo, se abismaban y se abismarán al saber, que un número de hombres dos y tres veces mayor que el de los aventureros que incendiaban este país, no los hayan aniquilado en un momento; pero los que vieron de cerca, y los que después sepan la situación anárquica de aquellos que peleaban en detal, se sorprenderían y sorprenderán que Walker, con un ejército homogéneo, que giraba a una sola voz como un solo hombre, no haya vencido en tantos lances oportunos que se le presentaron.

El 6 de enero (1857) llegaron los citados generales a Masaya, y ese mismo día se reunieron con Cañas, Jerez y Xatruch, a quienes hicieron la proposición antes referida, en que convinieron sin tardanza.

Procedieron a la elección y resultó electo Xatruch, de suerte que se extendió un acta de compromiso, que firmó Zavala sin restricción, y enseguida Cañas, con la protesta de entenderse ligado él personalmente y no otro jefe de Costa Rica que viniese a sucederle. A continuación Jerez expuso que firmaría, pero sometiendo el acta a la aprobación del General Belloso, que nuestros lectores recordarán fue nombrado por el Gobierno Provisional General en Jefe de las fuerzas dependientes de dicho Gobierno y de las cuales era 2º el General Jerez. Esto dio motivo a nueva discusión, y Martínez viendo que todo aquello era porque el nombramiento había recaído en Xatruch, dijo por último que él no firmaba un documento tan lleno de protestas, con lo cual se disolvieron, quedando la situación en *statu quo*, en el momento mismo en que se creía remediado el mal producido por la desunión.

Cuando se veía malograda esta esperanza concebida con relación a un mejor orden para llevar adelante la expulsión de los usurpadores del país, en León sucedía otro hecho, grave como un delito, pero no con el carácter político que del momento se le dio, aun en medio de la sociedad en que fue ejecutado.

El 5 de enero (1857) temprano de la noche, fue asestado un tiro de pistola al Ministro Castillo, que no le dañó, ni escapó de dañarle, según las señales del proyectil, a pesar de la inmediatez del asesino.

Este atentado tuvo un origen enteramente privado, y fue la pasión del celo de un individuo, por ciertas relaciones del señor Castillo con una joven del pueblo, a quien aquél amaba.

Mas este asunto particular no podía saberlo la sociedad, que juzga siempre con la lógica rigurosa de los hechos, y por consiguiente afirmó que el balazo tirado al Ministro, que representaba al partido conservador o legitimista, era precisamente ordenado por los jefes de la democracia para librarse de su presencia en el Gabinete.

Mucho pábulo daban a esta creencia varias cuestiones que se ventilaban entre el Ministro citado y el Gobernador Militar de León, que era el General don José Guerrero, a quien se le suponía capaz de toda maldad. Se decía públicamente que el asesino era Manuel Rivas, más conocido por el apodo de *Chucha*, que por su propio apellido, oficial democrático, tildado de reputación siniestra y de quien Guerrero, en combinación con otros corifeos, se había valido para remover el embarazo que les presentaba el señor Castillo, ya fuese matándole o espantándole por lo menos, para que abandonase el punto.

El tiempo, que todo lo pone en claro, ha justificado la creencia relativa al expresado oficial Rivas, así como el motivo particular que le indujo a tan escandaloso atentado. El día siguiente los dos Ministros, Cardenal y Castillo, renunciaron sus carteras, protestando por la no traslación del Gobierno al Departamento Oriental, y el último de ellos se vino con licencia a Granada, y de allí dirigió otra protesta contra las medidas coactivas, que dicho Gobierno quisiese dictar para hacerle de nuevo volver al Ministerio.

Los dos ministros antedichos se dirigieron al General Martínez, como uno de los pascientes¹ del convenio de 12 de septiembre, y este jefe, irritado con el suceso, pasó comunicaciones muy enérgicas al Gobierno, a los generales garantes del convenio y a todos los Gabinetes de Centro América.

La prensa de todas las Repúblicas se desató para desacreditar a los supuestos instigadores del referido atentado.

¹ Pasciente, palabra empleada otras veces por el autor y que sin duda significa: firmante del convenio de paz.

Y el Gobierno Provisorio por su parte, al ver que los señores Castillo y Cardenal no volvían a sus respectivos puestos, interpeló al mismo Martínez para que hiciese concurrir a los señores doctor don Rosalío Cortés y don Pedro Joaquín Chamorro, que en las estipulaciones de septiembre eran llamados a sucederles.

Martínez no trató siquiera de llamar a los sucesores.

Estos tampoco habrían ido bajo la impresión del intento de asesinar a Castillo.

Y el tiempo y los grandes sucesos de aquella época fueron calmando la agitación y echando en el olvido aquel suceso que tanto ocupó la atención de la genialidad.

Las piezas a las que hemos aludido son las siguientes:

RENUNCIAS

“Excelentísimo señor Presidente:

Llamados por V. E. los infrascritos, a consecuencia del convenio de 12 de septiembre último, a servir las carteras de Relaciones Exteriores y de Guerra, no vacilamos un momento en venir, no obstante ser para nosotros un verdadero sacrificio, porque consideremos que era un deber de nuestra parte, no solamente por corresponder a la confianza que se nos dispensaba, sino principalmente por concurrir con nuestros esfuerzos a cimentar la paz interior; hacer más llevadera para el país su mala situación, y sobre todo, para que el Gobierno tomase la aptitud necesaria para triunfar. Hemos hecho cuanto ha estado a nuestro alcance. Nada de bastardo en nuestro intentos; la Patria ha sido el objeto de nuestras tareas, su salvación nuestro propósito. Vos, señor, lo sabéis, lo saben nuestros colegas y lo sabe el pueblo de Nicaragua. Si por desgracia los resultados no han correspondido a nuestro propósito, la culpa no es nuestra. Un torrente de circunstancias desfavorables precipita los sucesos, llevándolos a la fatalidad que arrastra al país a una desgracia inmensa y prolongada. No obstante, trabajábamos con resolución por ver si las cosas tomaban un carácter de bonanza; pero un hecho inesperado, un hecho bárbaro, un asesinato frío que se intentó en la persona del segundo, disparándole el asesino un pistoletazo en su propia casa de habitación, entre las ocho y las nueve de la noche de ayer, nos ha puesto en la necesidad de pensar que no podemos contar en lo adelante con la seguridad necesaria, por más que el Gobierno abunda en buenos y nobles deseos de procurárnosla. Esta ocurrencia nos impone el deber de hacer dimisión formal, como lo verificamos, con el respeto debido, de las enunciadas carteras, llamando el Gobierno, si lo tuviese a bien, a las personas que deban sucedernos con arreglo al convenio citado. La causa que exponemos la creemos tan justa y tan fundada,

que si quisiésemos hacer con relación a ella algunas reflexiones, ofenderíamos al ilustrado juicio y a la recta intención de V. E., cuyos respetos protestamos solemnemente. León, enero 6 de 1857. Excelentísimo señor Presidente. El Ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Cardenal. El Ministro de la Guerra, Nicasio del Castillo.

PROTESTA

“Excelentísimo señor Presidente:

Los señores generales de los ejércitos aliados han excitado repetidas veces a V. E. para que el Gobierno se traslade en visita a los pueblos del Departamento Oriental, con el fin de alentar con su presencia al ejército y a aquellos habitantes, que por haber sido víctimas de la guerra, cuyo teatro ha sido el mismo departamento, tienen necesidad de que se dicten medidas saludables y compatibles con la actual situación; que se reglamenten los ramos de la hacienda pública, que a consecuencia de la misma guerra se encuentran en algunos en la más completa desorganización; y finalmente, para que influya en el ánimo de los mismos generales a efecto de conseguir la unidad de mando en las operaciones militares, tan indispensable para el buen éxito de ella.

Los infrascritos, íntimamente convencidos de la necesidad de la traslación, públicamente hemos emitido nuestras opiniones en las diferentes reuniones que ha habido para tratar este importante asunto, y ellas han sido de que el Gobierno debe verificarla lo más pronto posible; no obstante, cualquier inconveniente que se presente, pues este paso en nada daña los intereses del país, y antes bien puede ser origen de una verdadera reconciliación de los partidos, y de que cese el malestar que hoy se nota en los ejércitos por falta de unidad de acción.

V. E. y sus Ministros, persuadidos de esta necesidad, unánimemente opinaron por la traslación en las dos ocasiones en que se ha acordado, y en la última aún se emitieron algunas órdenes a fin de que se verificase. Pero ayer, sin saber las causas supervenientes que hayan influido en el ánimo de V. E., se nos hace saber por el señor Ministro de Hacienda, de orden de V. E., que la traslación no se hará ya, y que en caso de hacerse se dejaría para más tarde.

M-39

V. E. ha oído de boca del Teniente Coronel don B. Santos, comisionado por el señor General Cañas, de las funestas consecuencias que acarrearía a la causa nacional, la negativa del Gobierno a prestarse a este paso, y los infrascritos que las creemos indispensables, si continúa la actual situación en el ejército, y que lejos de oponernos a la traslación, la hemos creído útil y necesaria, no queriendo cargar con la

responsabilidad que pudiera acarrear la omisión de esta medida, *protestamos* ante V. E. y a la faz del mundo, que de los males que se sigan al país por la no traslación del Gobierno a los pueblos del Departamento Oriental, no seremos nosotros responsables, y sí, los que se hayan negado, con sacrificio de los intereses de la generalidad, a dar este paso tan interesante.

Así lo creemos de nuestro deber, y al hacerlo, protestamos igualmente con el respeto debido, que no nos anima otra idea, ni otro sentimiento que el de procurar por todos los medios posibles la salvación de la independencia de Nicaragua y la de nuestro honor. León, enero 6 de 1857. Excelentísimo señor Presidente. Pedro Cardenal, Nicasio del Castillo.

OTRA PROTESTA

Señor Ministro de Gobernación del Gobierno Provisorio de la República. Granada, enero 13 de 1857. Señor: Aunque verbalmente he manifestado al Gobierno, en consejo pleno de Ministros, que al hacer uso de la licencia de veinte días que S. E. el señor Presidente se sirvió concederme, mi ánimo era no volver al servicio de la cartera de Guerra que desempeñaba, por la ninguna seguridad con que contaba para mi residencia en León, hoy tengo a bien repetir por escrito esta declaración por el honroso conducto de U. S., fundado en las causas que alegué en mi renuncia de 6 del corriente y en otros justos motivos que había resuelto callar en obsequio de la armonía y concordia, los cuales me veo en la necesidad de expresar, y son los siguientes: El Ministerio de mi cargo estaba reducido a un simple órgano de comunicaciones, porque el señor General en Jefe, a pretexto de que le estaba encargada la defensa de la República, se ha arrogado las funciones del Gobierno, una de ellas, la de nombrar Gobernador Militar del departamento de León al General don José Guerrero, destituyendo al General don José María Sarria, que estaba nombrado por el mismo Gobierno; las órdenes que yo comunicaba para la remisión de elementos de guerra al ejército, fueron repetidas veces contrariadas por el mismo señor General en Jefe, sin más razón que porque emanaban del Ministerio de mi cargo; el desobedecimiento del Gobernador militar don José Guerrero de una orden que le comunicué para que entregase unas bestias que se habían arrebatado sin causa que justificara este hecho, fundando su desobediencia el señor Gobernador en que tenía orden para ello del señor General en Jefe, a quien necesariamente debía obedecer como su inmediato superior; el no haberseme dado conocimiento de los elementos de guerra introducidos al almacén y comprados en la Unión por comisionados del Gobierno; porque en los últimos seis días de mi residencia en León no se me pasaba a leer, como está prevenido, la orden general del día; y finalmente, porque el Gobierno, no obstante

estar acordado que los asuntos graves fueran resueltos oído el Consejo de Ministros, resolvió algunos sin conocimiento mío y el del señor Ministro don Pedro Cardenal, como era debido. Tales son los fundamentos que me asisten para tomar la resolución de no volver al ejercicio del destino que obtengo, protestando, como solemnemente protesto, contra cualquiera medida coactiva que el Gobierno adopte para hacerme concurrir al lugar en que actualmente reside, o a cualquier otro que no preste las debidas seguridades. Asimismo protesto que no soy ni seré responsable de las malas consecuencias que pueda traer consigo mi separación del Ministerio, por cuanto no está en mi alcance remover las causas que la motivan. Sirvase el señor Ministro dar cuenta con todo lo expuesto a S. E. el señor Presidente, y aceptar las muestras de aprecio y respeto con que me suscribo de U. S. atento servidor. Nicasio del Castillo.





CAPÍTULO XIV

Expedición al Río de San Juan

Cuando en el centro de Nicaragua sucedían los hechos que hemos relatado, en el río de San Juan se verificaban grandes acontecimientos, que sucintamente vamos a narrar, para conocimiento de nuestros lectores.

Atrás dijimos el disgusto que causó a la antigua Compañía Accesoría del Tránsito el despojo que le hizo William Walker de los útiles que tenía en este Istmo, y de los privilegios que creía tener para el transporte de pasajeros en toda la ruta. El Comodoro Vanderbilt, y todos los miembros perjudicados no perdían de vista al que les había causado tanto mal, de suerte que esperaban una oportunidad para vengarse.

Un inglés, Webster, comisionado por Vanderbilt, vino a Costa Rica a promover una expedición sobre el río de San Juan, y junto a él, o después, un americano, Spencer, hombre vulgar, pero muy práctico en la navegación del río y capaz de tomar los vapores, como que antes había estado en servicio, como capitán e ingeniero de ellos.

El Gobierno costarricense comprendió la importancia de la expedición, y desde luego se resolvió a ejecutarla. El soldado de esa República se prestaba más gustoso a ella, que venir al interior de Nicaragua, de donde aun conservaban los recuerdos del cólera que les atacó en Rivas.

Tanto más complacía al señor Mora esta expedición, cuanto que podía dar por resultado la muerte más violenta del filibusterismo. El río de San Juan era la arteria principal de su vida, por cuanto era del Norte de donde recibía constantemente sus recursos.

A principios de diciembre (1856) salió la vanguardia al mando de un Teniente Coronel Barrillié, compuesta de 250

hombres. El resto, de 500, al mando del General don Joaquín Mora, salió el 15 del mismo mes.

El punto de reunión fue la desembocadura del río San Carlos, uno de los tributarios del San Juan.

Por una feliz coincidencia el mismo día 15 en que partía de San José la división, descendía el San Carlos una descubierta de 120 de la vanguardia. El 19 se reunió en la confluencia con el San Juan; el 20 comenzó a bajar este último; el 28 asaltó el Islote de Hips, defendido por 50 filibusteros, a las órdenes de un Capitán Thompson, que fue herido y prisionero. Mas de 20 perecieron ahogados; otros quedaron prisioneros, y algunos alcanzaron las fangosas orillas del citado río.

El 24, a las 2 y media de la mañana, llegaron a la bahía; a las 5 asaltaron con muy poca resistencia los vapores chatos *Wheeler, Morgan, Machuca y Bulwer*. Webster, el comisionado de Vanderbilt, autorizaba la toma de estos vapores, según comunicación del Comandante de las fuerzas navales británicas al Cónsul Americano residente en el puerto, de suerte que al amanecer flotaba el pabellón de Costa Rica en Punta de Castilla, con gran asombro de todo el vecindario.

En el mismo día de proveyeron de maquinistas y marineros. El 25 regresaron subiendo el río hasta el Sarapiquí, donde dejaron dos vapores defendidos por artillería; y en los otros dos continuaron la marcha hasta el muelle de San Carlos. Allí tuvieron noticias que El Castillo estaba casi abandonado, y dispusieron que fuese una compañía en el *Morgan* a tomarlo.

El General Mora había llegado ya al propio muelle; el 28 se embarcó con su estado mayor y la división en *El Bulwer* y partió para El Castillo. Lo tomó lo mismo que al vapor del Lago *El Virgen*, cargado de cañones, rifles y elementos de guerra. A continuación tomó el Fuerte de San Carlos, y poco después cayó en su poder el vapor del mismo nombre, que incautamente llegó a la fortaleza.

No pudo ser más rápida y feliz esta expedición. En menos de un mes, desde la salida de la capital, se había quitado a Walker todos los puestos militares del río y todos los vapores, concluyendo así para la América Central el año de 1856 de la manera más propicia. El parte oficial, datado en San Carlos, el 3 de enero (1857), las proclamas y la noticia de tan fausto acontecimiento volaron difundiendo el júbilo más completo, porque anunciaban el triunfo de la más grande y justa causa, que hasta entonces habíamos visto en inminente peligro.





CAPÍTULO XV

Marcha de los ejércitos aliados, después de los arreglos, para acometer a los filibusteros. En Nandaime celebran los jefes un acta nombrando un General interino. Protesta del Gobierno Provisorio por este nombramiento.

Expresamos atrás el desconsuelo con que regresaron de León Martínez y Zavala y su estéril esfuerzo para que se nombrase un General en Jefe que diese unidad de acción al ejército, en el cual, por su estado casi anárquico, se notaba una deserción extraordinaria. Una compañía entera de guatemaltecos armada se puso en marcha para su patria, cuya especie supo Zavala en Managua, y él mismo fue a *disuadirla*, con promesas de un próximo regreso. Todo, pues, presagiaba mal, cuando recibimos la noticia de la ocupación del río, y ella vino a dar aliento a la esperanza.

Se saludó el principio del año como el navegante a la aurora de un claro día, después de una noche de tempestad.

Con este aliento los jefes aliados se dispusieron a marchar a Rivas, aprovechando el momento de terror para unos y el entusiasmo para otros. Los generales Xatruch, Cañas y Zavala, que permanecían en Masaya, fueron a Granada a conferenciar con Martínez y darle aviso de que el General Mora vendría presto de San Carlos, según cartas que Cañas mostró al mismo Martínez.

En efecto, convinieron en marchar y situarse en el punto más conveniente, que era el pueblo de San Jorge, por varias causas, en especial por hallarse a las orillas del Lago, que por medio de los vapores estaba en contacto con los lugares más importantes.

El General Martínez, convaleciente aún de una enfermedad, debía quedar en Granada, entre cuyas ruinas los dueños iban levantando casas improvisadas para alojar a sus familias. El General Chamorro, 2º Jefe del ejército septentrional, debía

mandar la división expedicionaria sobre Rivas, la cual marchó con 445 plazas y excelente oficialidad, y se situó en la hacienda *Las Mercedes*, propiedad de Chamorro y cerca de Nandaime, punto de reunión de los aliados.

Granada, antigua rival de León, aunque en ruinas, era objeto de grandes intrigas, porque siendo la cuna y el trono de la legitimidad, se codiciaba su ocupación porque debía influir en el próximo desenlace de las cuestiones interiores que debía suceder a la caída inmediata de Walker.

Por otra parte los conservadores o legitimistas contribuyentes para mantener el ejército septentrional, no querían que los demócratas ocupasen dicha ciudad, porque creían que les hostilizarían sus contribuciones. Y por último, el ejército necesitaba todos los auxilios de hombres y dinero de los departamentos de Segovia y Chontales, que les fueron designados en el convenio de 12 de septiembre, y estos auxilios era preciso pedirlos y recogerlos en Granada.

La Junta de recursos que fungió en Metapa de que hablamos antes, se disolvió el 18 de octubre (1856) y se reinstaló en Granada para proveer a todas las exigencias con más puntualidad y prontitud.

Todo esto hacía una demanda de necesidad para que el mismo General Martínez, como *pascisente* del tratado de septiembre, no desamparase el lugar. El Gobierno Provisorio colocó sus autoridades departamentales en Masaya; ordenó que sólo éstas reclutasen gente y sacasen recursos, y por último el mismo Martínez, que evacuase a Granada y se trasladase a Chontales, el cual no acató la orden. El General Cañas, jefe de las fuerzas democráticas en lugar de Belloso, escribió a Martínez que permaneciese en Granada sin hacer caso de dichas órdenes y esto mismo le dijo Xatruch después, siendo ya General en Jefe.

¡Funesta división mantenida sordamente durante la guerra!... Los partidos fijaban un ojo en Walker y otro en sí mismos, de suerte que no desarrollaron su poder contra el enemigo común. Los legitimistas separaban una parte de su fuerza, y tenían comisiones para recoger las armas que quitasen a los filibusteros; los demócratas no corrieron en mucho número a la campaña, y aun no castigaban al desertor, y le daban un peso al que se presentase con rifle en León. (*Orden del Gobernador Militar don José Guerrero*)

Tomemos el hilo de los sucesos. Al pasar los aliados por la hacienda del Valle hubo un disgusto entre el General Zavala y el Coronel Schellesinger, que, expelido por el General Martínez de las filas septentrionales, se había alistado en las filas democráticas. Zavala le dijo: *-Porque aquí hay señoras, no le doy*

a Ud. un pescozón; pero téngalo por dado,- y le dio un ligero empujón contra una pared.

El húngaro calló, pero apenas desmontaron en Nandaime, pasó un billete de desafío a Zavala, el cual interceptó el Coronel Villalobos, y él y otro guatemaltecos corrieron donde Xatruch y Cañas protestando que si Zavala aceptaba el duelo, lo reducían a prisión y retornaban con él preso a Guatemala. Xatruch llamó a Chamorro para que compusiese aquel conflicto, y en efecto Zavala ofreció no hacer caso. De allí nació que se hablase de la falta de un General en Jefe, y Cañas propuso que interinamente fuese nombrado Xatruch, conviniendo entonces en lo mismo que antes había rechazado.

Al Gobierno cayó muy mal esta designación en la persona de Xatruch, compañero de los legitimistas, y no pudiendo anularla, protestó que lo reconocía con una autoridad interina, y limitada a mandar a los jefes que se habían comprometido a obedecerle; pero de ningún modo General en Jefe de los ejércitos aliados. Parece increíble este paso, pero así consta en el despacho que vamos a insertar después del acta de Nandaime, que dice:

ACTA

En el pueblo de Nandaime, a 23 de enero de mil ochocientos cincuenta y siete.

Reunidos los generales infrascritos, y convencidos de la gran importancia de que haya uno que mande en Jefe el ejército de operaciones para lograr el más pronto éxito en la presente campaña; convencidos igualmente de las ventajas que resultan de dar al ejército la mejor organización, hemos acordado los puntos siguientes:

1° Se da por General en Jefe del ejército aliado, al señor General Xatruch, dándolo a reconocer por tal en las órdenes generales de las respectivas divisiones, el día de hoy.

2° De la misma manera se dará a reconocer al General Jerez como 2° Jefe del mismo ejército.

3° El General Zavala será reconocido como Mayor General del Ejército.

4° El General Chamorro fungirá como Cuartel Maestre y será igualmente dado a reconocer como tal.

5° El General Cañas será reconocido como Inspector General. En fe de lo cual, firmamos la presente, obligándonos a su más exacto cumplimiento. F. Xatruch. J. Víctor Zavala. Fernando Chamorro. José M. Cañas. Máximo Jerez.

NOTA

Señor General don Florencio Xatruch. León, febrero 12 de 1857. Habiendo S. E. el señor Presidente de la República

tomado en consideración el acta celebrada por los señores generales don Florencio Xatruch, don José Víctor Zavala, don Fernando Chamorro, don José María Cañas y don Máximo Jerez, fechada en Nandaime, a 23 de enero último, y recibida el día de ayer, nombrando a Ud. General en Jefe de los ejércitos aliados y considerando que dicho nombramiento no puede exceder los límites de un convenio privado, por el cual los jefes comprometidos se obligan personalmente a obedecer al nombrado, sin que esta obligación pueda ser extensiva a sus respectivos gobiernos, me ha prevenido decir a Ud. que como General en Jefe de los generales expresados, no lo es *de los ejércitos* de las Repúblicas aliadas, y debe entenderse interinario, mientras los Gobiernos respectivos nombran y facultan competentemente el que debe reasumir el Mando en Jefe de los referidos ejércitos, todo lo que está ya al realizarse. Lo digo a Ud. para su inteligencia, cabiéndome el placer de ofrecer al señor General las distinguidas consideraciones de aprecio con que soy su atento servidor. Baca.





CAPÍTULO XVI

El General Mora a bordo del vapor “San Carlos” en Granada. El ejército aliado en San Jorge. Departamento de Rivas. Acción del 29 de enero. Acción del 4 de febrero. Cañoneo del 7. Arribo de la fragata “Santa María” a San Juan del Sur. Visita y exigencia del Capitán a los aliados. Expedición filibustera sobre el Río San Juan. El Telégrafo Septentrional. Nombramiento de Mora de General en Jefe.

El 17 de enero (1857) en la tarde ancló un poco lejos de la costa de Granada el vapor “San Carlos”, trayendo el General don Joaquín Mora, quien anunció que no desembarcaría por temor de las enfermedades, que creía reinantes en el país. Al General Martínez parecióle conveniente ir a visitarle, y fue acompañado de sus ayudantes y de varios amigos, a pesar de que era ya de noche y el lago estaba muy agitado. Mora estaba rodeado de guardias, y hasta después de algunos minutos (no) salió del camarote con mucha ostentación.

Aunque joven, como de 40 años, y de regular presencia, no tenía aspecto militar. Su cuello era demasiado grueso para su cuerpo mediano, y si le era característica la vanidad, entonces la traía duplicada por los triunfos, que rebajaba él mismo a fuerza de tanto alarde que hacía de ellos. Todo lo que otros habían hecho era muy poco; cuanto había que hacer, iba a terminarlo con su presencia.

Se convino en que los aliados ocupasen a San Jorge, y que Mora llevaría tropas de desembarco en los vapores, y a continuación los visitantes regresaron, y el visitado partió para su cuartel de San Carlos.

Los aliados salieron de Nandaime con sus respectivas fuerzas. Más o menos, Xatruch con 200 hombres; Zavala, con 1,300; Cañas y Jerez, con 500; y Chamorro con 445.

El 26 de enero entraron al Obraje (hoy villa de Belén) situándose en la plaza y en las haciendas de Guadalupe y San

Francisco. Setenta yanquis llegaron a Buenavista, y unos dragones avanzaron hasta hacer tiros a los aliados, cuya operación repitieron el día siguiente. Entonces el Teniente Coronel Joaquín Cabrera, con 100 soldados, salió por caminos excusados a cortarles la retirada. Le divisaron y huyeron bajo los fuegos, dejando unos cinco muertos.

El 28 a las 11 del día continuó el ejército para San Jorge, y llegó a las 7 de la noche sin novedad.

El departamento de Rivas es el más privilegiado, reducido y regular de Nicaragua. La angostura del Istmo entre el Lago y el mar Pacífico hizo prevalecer el tránsito para California por la ruta de La Virgen a San Juan del Sur. En estos puntos extremos se improvisaron dos poblaciones, que hoy casi han desaparecido por la interrupción del pasaje. Al N. O. de la primera y al N. E. del segundo, se halla la ciudad de Rivas, capital del departamento colocada casi en el centro.

Al oriente de ella, a tres millas de distancia, está el pequeño pueblo de San Jorge, sobre la costa del Lago, de suerte que allí el comercio rivense hace su embarco y desembarco, por cuya razón se le dice *puerto*. Al frente, como a nueve millas, está la grande y hermosa isla de Ometepe (*dos montes*) con sus dos poblaciones llamadas Pueblo Grande y Moyogalpa, habitada por los indios valientes e intrépidos de que hablábamos anteriormente.

Walker con 1,000 hombres ocupaba la ciudad de Rivas, por sus grandes recursos, y a San Juan del Sur, como el único puerto que le quedaba para recibir los auxilios que debían enviarle de California, y aún de los Estados del Norte, por la vía de Panamá.

Los aliados escogieron a San Jorge, porque les daba la inmediata comunicación con el resto de la República, por agua y por tierra, del mismo modo que con Costa Rica, a cuyo fin los vapores tocaban frecuentemente en Tortuga, aldea miserable sobre la costa meridional del Lago.

Allí se situaron de este modo. El General Chamorro, con los legitimistas o septentrionales defendía la línea occidental de la plaza, la más importante porque estaba al frente del enemigo. Cañas y Jerez, con los liberianos y nicaragüenses al servicio del Gobierno Provisorio, cubrían las líneas sur y oriente; y Zavala, la del norte. Fuera de la línea, al lado norte, colocaron al general legitimista don Agustín Hernández, con 25 soldados septentrionales y 25 liberianos, en una casa próxima a la misma línea, que fortificó lo mejor posible.

La noche del 28 y mañana del 29, sin descanso, los aliados levantaban trincheras, abrían fosos, limpiaban la campaña, cuando a las 11 del día se les anunció el enemigo, y corrieron a sus respectivos puestos. Walker, que sin duda esperaba a los centroamericanos en Rivas, o por el desacierto que se le vio siempre en la guerra, no salió a batirlos al campo cuando

cruzaban del Obraje para San Jorge, y mandó atacarles cuando ya estaban bien parapetados.

Como él se titulaba Presidente de Nicaragua y tenía allí su Gobierno, tal como lo instaló en Granada después de la ruptura con el Provisorio de Rivas, había nombrado General en Jefe de sus fuerzas a Heninngsen, el cual fue el que apareció con 600 hombres la mañana del día citado.

Las primeras cargas fueron con ímpetu, pero rechazados con rigor se fue limitando a cañonear los fortines. Los aliados habían tenido pocas pérdidas, pero el mayor don Tomás Guardia, actual presidente de Costa Rica, salió a batirse fuera de las líneas y tuvo que retirarse con muchas pérdidas, siendo herido el mismo Mayor. La noche puso fin al ataque. Heninngsen contramarchó con más de 100 hombres de baja. Walker le recibió mal, y aun hubo un disgusto entre los dos, que dio motivo a que aquél renunciase el mando, en cual fue repuesto con Sanders.

El 1° de febrero tomaron en San Jorge un espía, Francisco Vega, que fue juzgado y fusilado en el acto. Por él se supo que Walker con 300 hombres había salido para San Juan del Sur y que pensaba embarcarse para ir a Corinto u otro punto y tomar a León, cuyo proyecto comunicó al Gobierno el General Jerez, y desde luego hubo gran alarma en dicha ciudad.

El General Belloso que aun permanecía allí con el título de General en Jefe de El Salvador y Nicaragua dio una proclama (fecha 4 del mismo febrero) invitando a todos a defender el departamento. Otra igual dio el Gobernador don José Guerrero, *ofreciendo, a nombre del Gobierno, que luego que cesase el peligro del departamento volverían todos tranquilos a ocuparse de sus faenas*, cuya promesa reveló que el Gobierno no tenía intenciones de mandar al teatro de la guerra un auxilio que había ofrecido, por lo cual hubo quejas de los aliados y cargos al Gobierno.

Entonces anunció éste que el general salvadoreño Indalecio Cordero llevaría al campamento fuerzas considerables, pero no pasó de Jinotepe, en donde estuvo algunos días llevando la vida disipada que le era de costumbre.

El mismo día 1° llegaron los vapores del Lago con tropas que desembarcaron. El General Mora a bordo indicó que por el movimiento de Walker convenía ocupar La Virgen con 300 soldados, cuya indicación se discutió entre los jefes y fue causa de algunos disgustos. Xatruch no aprobó el pensamiento, y menos Zavala, que en presencia de Cañas dijo que *Mora no era militar*. Chamorro apoyó el consejo; y en fin a las 12 de la noche, salió Jerez; y Cañas se fue con él sin orden superior.

El día siguiente 2 llegó el Teniente Coronel Mendoza, en una lancha, con cartas de Mora para los aliados proponiéndoles una expedición sobre San Juan del Sur, y de palabras dijo a

Chamorro, que si los otros jefes no convenían, se asociase él con su división.

Chamorro vio en esto un conflicto; no quería ponerse en pugna con Mora, cuya vanidad conocía, ni tampoco obsequiar sus deseos con peligro de la causa. Así fue que se limitó a contestarle lo mucho que aplaudía el movimiento, pero que era preciso ir de acuerdo con los otros jefes para no causar un trastorno. Que en tal virtud convenía una entrevista de todos a bordo, ya que Mora no quería bajar a tierra. En efecto, se dirigieron a la playa, y cuando llegaron, la lancha se había ido y enseguida el vapor se dirigió a Ometepe.

Este incidente llamó la atención de los generales, pero Cañas los calmó afirmando que iba a proveerse de combustible, y a la verdad, el día siguiente volvió, y poco después arribó la lancha a conducir a los referidos jefes. Estos se dispusieron del momento, mas, cuando iban a embarcarse, llegó el parte de que Walker con su gente había vuelto de San Juan, y que en Rivas se alistaba para venir sobre San Jorge.

La entrevista no tenía objeto. Los generales corrieron a sus puestos. El vapor retornó a la isla; Jerez había regresado al campamento. Pasó el día 3 sin novedad.

Por la noche se movió Walker con 450 hombres y penetró en San Jorge, hasta situarse en iglesia de La Merced, de donde mandó una compañía a tomar la trinchera colocada en el ángulo N. E. de la plaza, por donde menos le esperaban. El Coronel americano Caisé mandaba a los asaltantes, y no pudo haber ejecutado la operación con más sigilo, porque la sorpresa fue cabal.

El Mayor don Clemente Cantón, natural de Rivas, pero al servicio del gobierno costarricense, defendía la trinchera con tropas liberianas. Él fue herido y el oficial Mercedes Mayorga muerto, de manera que la toma del punto fue obra de un momento.

El ejército aliado se vio perdido, y se habría consumado la derrota si el General Hernández no hubiera estado colocado fuera de la línea, como dijimos atrás. Los filibusteros no sabían esta colocación excéntrica, y fueron sorprendidos cuando sintieron a retaguardia el fuego que enérgicamente les hacía Hernández. Walker desplegaba fuerzas para sostener las de Caisé, pero encontraban al casa de Hernández y no podían pasar junto a ella.

Entretanto los aliados habían vuelto de la primera impresión, y ocurrieron a recuperar el punto perdido, siendo Jerez el primero que se lanzó a la pelea. Sacó dos heridas, una de ellas le dejó una cicatriz en la cara, muy honrosa. De suerte que Caisé, encontrándose entre dos fuegos y sin poder recibir auxilio, tuvo que retroceder hacia el punto donde estaban sus compañeros. Walker insistió en tomar la casa de Hernández

hasta la ocho de la mañana; mas viendo que era difícil, emprendió su retirada para su cuartel de Rivas.

Así se salvó el ejército aliado del peligro más grave que hasta entonces había corrido.

A consecuencia de esta acción varios soldados de Walker se presentaron en San Jorge el día 5, y dieron parte que una compañía de 50 desertaron para Costa Rica, en virtud de haberles llegado proclamas del Presidente don Rafael Mora, ofreciendo a cuantos se presentasen el mejor tratamiento y pasaje libre hasta los Estados Unidos, pues el gobierno costarricense pagaba todos los gastos del tránsito.

Walker y sus oficiales vigilaba mucho la introducción de papeles seductores, pero los aliados se valían de muchos medios. El General Zavala en cierta ocasión mandó preparar un muñeco, del tamaño de un hombre, hecho de cáscara de plátano, y todo forrado en bombas atadas a una cuerda mecha. En el centro colocaron proclamas y papeles con parte y avisos que convenía viesen los walkeristas. Lo aseguraron muy bien en una bestia mular indómita y cerca de una avanzada del enemigo, prendieron fuego a las bombas, de manera que el animal corrió sobre la trinchera al silencio de la noche. La alarma fue terrible en la plaza, y a la alarma sucedió la curiosidad, que naturalmente hizo ver los papeles impresos.

El 7 amanecieron los filibusteros tomando posiciones a 500 varas del campamento, de modo que parecía que iban a sitiario, cosa que alarmó a nuestros jefes, porque los enemigos nos llevaban mucha ventaja en la artillería, y porque los vapores que cubrían la retaguardia de San Jorge, no estaban constantes en el puerto. Poco después comenzó un cañoneo que duró hasta las 3 de la tarde, sin verificar ningún asalto porque lo creían infructuoso. 114 tiros habían disparado hasta esa hora, en que de pronto suspendieron el fuego y levantaron el campo.

La causa de esta violenta retirada fue que dos ayudantes llegaron de Rivas a participar a Walker que habían oído cañonazos en San Juan del Sur, cuya posesión, hemos dicho, era de vital interés para su causa. Los aliados mandaron a una mujer de espía y regresó contando que un buque de guerra de los Estados Unidos había llegado al referido puerto. De allí comenzaron las cavilaciones; unos presentían un bien; otros, un mal para la América del Centro.

El día siguiente (8) el General en Jefe mandó 100 hombres a reconocer el campo; 50 eran de la división de Cañas y 50 entresacados de las otras. Esto disgustó al jefe costarricense y lo dijo al mismo Xatruch, el cual le contestó con mucha energía, de suerte que aquél no pudo menos que callar. Enseguida dio la orden general disponiendo que del mismo modo saliesen diarias exploraciones, debiendo nombrar el Comandante y darle instrucciones el mismo Cañas, que era Inspector General.

Grave mal recibíamos de las partidas de caballería que cruzaban en las inmediaciones de San Jorge, pues quitaban la comunicación con los pueblos, por cuya razón se formó una compañía que llamaron “*Chapulines o Alumbradores de la muerte*”, bien provista de caballos y armas especiales para recorrer los caminos, haciendas y pueblos vecinos, la cual no dejaba de escarmentar a los que merodeaban en dichos puntos.

Uno de estos lances fue el 20 en la hacienda San Felipe, en que el oficial Francisco Espinosa dispersó un piquete mandado por el Coronel Natzmer. A continuación Gervasio Sandino (a) Nica, oficial granadino, democrático, que se mantenía fiel a Walker, salió con otro piquete, y no sólo robó las propiedades de don Francisco Sis, sino que mandó hacer fuego sobre la familia, que huyó despavorida, hiriendo una bala a un hijo de Sis. Éste, indignado, volvió a la hacienda y cubierto de una cerca asestó un tiro de fusil a Nica, que le dio en el estómago, y de que murió momentos después, cuyo suceso corrió el mismo Sis a contarlo a San Jorge.

Antes de esto, el día 19, el Capitán de la fragata, Mr. Davis, llegó al campamento a pretexto de visitar a los aliados; después de los cumplimientos propuso que se le entregase uno de los vapores del Lago para que continuase el tránsito interrumpido. Chamorro, contestó que en su opinión no había dificultad, con tal que el Capitán diese *libre de filibusteros* toda la ruta, cuya respuesta apoyaron los colegas. El Capitán Davis no insistió.

Después, por medio de un oficio, pidió permiso para situar 25 soldados en La Virgen, con el objeto de dar garantía a los edificios e intereses de la Compañía del Tránsito. Se le contestó que por parte de los centroamericanos tenían las suficientes garantías; pero que si quería otra, era preciso que ocurriese a los Gobiernos Aliados, pues los generales no tenían facultad para permitir la internación de una fuerza extranjera. Tampoco insistió sobre el particular.

Fuertes rumores hubo entonces de un auxilio numeroso que de California venía para Walker, en cuya virtud el General en Jefe Xatruch dirigió al Capitán Davis un despacho, fecha 24 de febrero, reclamándole con dignidad y energía que no permitiese el desembarco. Le expuso que todos los auxilios que recibía y con que robaba e incendiaba Nicaragua, país libre y amigo de los Estados Unidos, eran reclutados, armados y despachados en los puertos de la Unión Americana, con cuyos hechos se violaban las leyes de la neutralidad. Que el Gobierno de Washington podría escudarse con el disfraz con que salían dichas expediciones, pero que si sucedía que tales expediciones desembarcaban a la vista de una fuerza de los mismos Estados Unidos, ese hecho revelaría su complicidad, y cedería en mengua de su honor. Además, se le hizo saber que el Gobierno Aliado de Costa Rica, desde que ocupó el río y los vapores, había declarado suspenso el tránsito por este Istmo, y bloqueados los



GENERAL FERNANDO CHAMORRO

Vencedor de los filibusteros en "El Jocote"

puertos extremos de la línea, cuya clausura había sido aprobada por el Gobierno de Nicaragua.

A una comunicación tan sólida como concisa, contestó otra nada exacta el Capitán, en 3 de marzo, manifestando entre otras cosas, que su Gobierno había reconocido como *beligerantes* los dos partidos que en Nicaragua se hacían la guerra; y que el bloqueo no era legal. Ni había guerra entre partidos nicaragüenses, ni se le pedía intervención a favor de uno de ellos. Se le exigía el cumplimiento de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, que violaban las hordas de aventureros, que salían de aquellos puertos y venían a hacernos la guerra más bárbara y más injusta que se ha hecho en este siglo.

Vamos ahora a bosquejar los acontecimientos de otros puntos, ya que en los últimos días de febrero no hubo cosas graves en el teatro principal de la guerra.

Ni Walker, ni sus amigos en los Estados Unidos habían desmayado en la empresa de *americanizar* a Nicaragua; al contrario, aquél se proponía mantenerse en Rivas, mientras éstos enviaban una nueva expedición para recuperar los puestos militares del Río.

En efecto, a principios del mismo febrero llegaron a San Juan del Norte como 300 hombres, y subiendo el Río atacaron La Trinidad, de donde fueron repelidos, y volvieron a situarse en la bifurcación del río Colorado. Estando allí tomaron dos lanchas, con exploradores que mandaban los costarricenses.

Después subieron y salvaron este punto, y en número de 200 atacaron El Castillo, defendido por los coroneles Jorge Cauty y Faustino Montes de Oca, con 30 costarricenses y dos cañones. Cauty eran un joven inglés, de muy pequeña estatura, que prestó grandes servicios a la Nación. El vapor *Scott* lo tomaron los filibusteros, y entonces Cauty mandó incendiar *El Machuca*. Este asalto se inició el 15 de febrero, y el 18 recibió Mora en San Carlos un papelito pidiéndole auxilio u orden de rendirse.

Mora en el acto mandó 77 rifleros que desembarcaron con mucha cautela y de improviso cargaron sobre los sitiadores, los cuales huyeron dejando 50 muertos y heridos. Tal fue el parte dado por el mismo General Mora, fecha 24 del propio mes.

Los gobiernos centroamericanos por fin se decidieron a nombrar General en Jefe de los ejércitos aliados al mismo General Mora, no por su valor y capacidad militar, sino como un reconocimiento a lo que Costa Rica había hecho contra los filibusteros, especialmente en el río San Juan, y para comprometer más en la causa al Gobierno de esa República, presidido por don Rafael, hermano de don Joaquín. Era, pues, la política y no el convencimiento del mérito, la que dictaba dicha elección; pero en fin, era de necesidad acomodarse a las circunstancias, y ellas indicaban lo que se hizo.

A las noticias que los gobiernos tenían los disgustos entre los jefes, que amenazaron la disolución del ejército, se juntaron las exigencias del Gobierno Provisorio, desde que vio nombrado al General Xatruch por el acta de Nandaime. El Presbítero don Remigio Salazar, venerable sacerdote, de quien hemos hablado, estaba acreditado Ministro en Guatemala y en El Salvador, y él trabajaba para que se nombrase de acuerdo un jefe en propiedad.

Guatemala, pues, y El Salvador designaron al referido señor Mora; Honduras les había delegado de antemano su facultad. El Gobierno Provisorio de esta República se adhirió, por acuerdo de 15 de febrero, con más beneplácito, cuanto que se quitaba el mando a Xatruch, y que Cañas, cuñado de Mora y amigo inseparable de Jerez, parecía adicto a la democracia. El General Martínez, que en realidad formaba un gobierno separado, desde mucho antes había calculado el voto de los gobiernos, y se había adelantado a ofrecer el suyo a Mora. No sólo esto, sino que yendo a visitar el campamento de San Jorge el citado Martínez fue de allí a San Carlos a persuadir a Mora que aceptase, porque manifestaba declinar el nombramiento.

En Granada comenzó a publicarse en esos mismos días, (el 28 de febrero), un periódico que el General Martínez tituló “*Telégrafo Septentrional*” porque habiéndose puesto bajo el inmediato mando de este jefe los departamentos del septentrión, por el tratado de 12 de septiembre, se distinguía con el adjetivo *septentrional* todo lo que formaba el círculo de este poder. Así se llamaba a la división de Martínez, aún cuando era formada de hombres de todos los pueblos de la República.

Y en verdad, el mando de Martínez en Granada era un gobierno por su trabajo e importancia. A él sólo reconocían como tal las autoridades y pueblos de ambas Segovias, de Chontales y aún del Oriente. Desde luego en todos estos puntos había un movimiento extraordinario: el Prefecto don Manuel Calderón en Nueva Segovia, don Perfecto Altamirano, don Manuel Gros y otros en Matagalpa, y el Coronel don Andrés Murillo, que después ascendió a General, Prefecto de Chontales, trabajaban con actividad admirable mandando reclutas y elementos de todo género. Así era que la *División Septentrional* aparecía en el ejército aliado mejor organizada y provista que las otras.

Martínez, a pesar de haber sido un militar tan afortunado, era más un administrador que un guerrero. En la campaña nacional él solo pudo formar y mantener el ejército, que después del costarricense hizo más por la libertad de Centro América, y lo que debe admirar más, es que se haya levantado y mantenido esa fuerza, en pueblos que estaban arrasados por la mano atroz del filibusterismo.

Faltaba a este mando un periódico, y lo proveyó recogiendo en las ruinas de Granada los restos de las imprentas que deshicieron los filibusteros y de que se pudo formar una para tal servicio. El aparecimiento del primer número fue saludado con entusiasmo por todos los militares, que ansiaban ver sus nombres y sus hechos transmitidos a la posteridad. El Gobierno Provisorio tenía el Boletín Oficial, pero éste era muy parco cuando se trataba de sus rivales. Del mismo modo fue acogido *El Telégrafo* en todo Centro América por las noticias que daba del teatro de la guerra.





CAPÍTULO XVII

Asalto a una avanzada. Acción de Jocote. Cañoneo del 16 de marzo. Ocupación de las Cuatro Esquinas. Mora General en Jefe. Ocupación de otros puntos para sitiar a Rivas. Ataques a Santa Úrsula y haciendas inmediatas. Sucesos del río de San Juan.

Volvamos a San Jorge.

Ni en los últimos días de febrero ni en los primeros de marzo ocurrieron cosas de gravedad.

Sin embargo no faltaban lances pequeños, que acreditaban el valor de nuestros soldados. Temprano de una noche ordenó Chamorro a un oficial que fuese a sorprender la avanzada enemiga, situada abajo de La Cruz de España, cerca de uno de los puntos de los filibusteros; llevó 25 soldados managuas, mas al ver dicha avanzada, acobardó y quiso regresar, pero el sargento Francisco Estrada le pidió ejecutar la orden. En efecto, con la tropa desvestida y casi arrastrándose por el suelo, se encaminaron hacia una luz, hasta llegar a percibir que los filibusteros jugaban al naípe, menos el centinela, que de pie, apoyado sobre el rifle, estaba fijo en el juego. A una voz del sargento se pararon los soldados y corrieron sobre la avanzada. El centinela yanqui disparó su rifle y mató a uno, pero los demás no tuvieron tiempo de empuñar los suyos, y corrieron despavoridos, quedando muertos unos dos a la descarga de los managuas. Estos tomaron 17 rifles y contramarcharon a todo escape. El sargento Estrada fue premiado con el grado de Subteniente.

Los aliados se fastidiaban del *statu quo* y se alarmaban de casos de fiebre o del cólera que se veían de cuando en cuando.

Walker no dejaba de recibir algunos auxilios en cada arribo de los vapores que tomaban carbón en San Juan del Sur. Era seguro un ataque cuando tenía un refuerzo, porque siempre

quería aprovechar el rigor con que venían y que después enervaba la acción del clima.

El 4 de marzo se anunció que venían 80 hombres con unos carros. El 5 salió muy de madrugada el General Chamorro con 600 hombres, y llegó bien temprano a la hacienda de Jocote en el camino para San Juan del Sur.

Poco más tarde unos tiros anunciaron la venida de la gente que se proponía cortar, y que huyó luego dejando dos muertos, uno de ellos oficial, y tres prisioneros.

Después de esta escaramuza, Chamorro dio orden de regreso como a medio día. En el llano del Coyol la guerrilla exploradora encontró emboscados en la quebrada de Comalcagüe 200 filibusteros a las órdenes del General Sanders, que habían salido a proteger a los 80. De allí se rompió un fuego nutrido, cuando los extranjeros, pero sin desbandarse, y haciendo resistencia más o menos fuerte en cada punto en que por su altura se colocaban en posición militar, hasta que, muy avanzada la tarde, ordenó Chamorro una carga al centro, que lo hizo huir precipitadamente.

Este jefe desarrolló en este día el valor y circunspección de un General; todo lo dirigió bien y la tropa ejecutó de la propia suerte. Esta acción, llamada de *Jocote*, alentó tanto a los aliados, como abatió a los filibusteros, porque aquéllos quedaron dueños del campo y regresaron con todos sus heridos, uno de ellos fue el oficial Exequiel Zurita, de Masaya, joven, bien parecido, que sacó un balazo en medio de la frente, de que le quedó una cicatriz que le hacía honor y muy poca imperfección. Sus bajas fueron 18, contando entre los muertos al Capitán Felipe Fitoria, de Managua.

Los enemigos dejaron muertos 35, sin saberse los heridos que llevaron a Rivas.

Inmediatamente se supo en San Jorge la victoria; el General en Jefe mandó al Teniente Coronel Berrios con una división sobre Rivas, para que Walker no saliese a molestar a Chamorro en su regreso, y con efecto, con esta operación aquél ingresó al campamento a las diez de la noche, en medio de un júbilo general.

Walker por la desertión notó el abatimiento de su causa, y es propuso empeñar su poder para alentarla. El 15 en la noche salió con toda su fuerza de movimiento y artillería ligera y se situó al occidente de la plaza; el 16 al amanecer rompió el fuego sin interrupción.

La ansiedad de abreviar las operaciones había inducido a Xatruch a salir la tarde del 15 con una división al mando de Zavala a estudiar las cercanías de Rivas para escoger los puntos donde situar el ejército, estrechando más al enemigo. Le llamó la atención una hacienda situada en el camino real de San Jorge para la ciudad, llamada "*Las Cuatro Esquinas*", distante de las fortificaciones enemigas como 300 varas. Esta ocupación

se resolvió el 15, como dejamos dicho, y aunque Walker amaneció el 16 sobre San Jorge, se creyó oportuno ejecutarla.

El General Jerez fue el designado, y salió con 500 hombres de todas las divisiones, haciendo un rodeo para no ser detenido por el enemigo, empeñado en atacar San Jorge. Esta operación era difícil y muy arriesgada, porque tenía que pasar sobre los atacadores e ir a colocarse entre ellos y su cuartel general de Rivas. Sin embargo, Jerez la ejecutó bien, pues ocupó el punto y comenzó a parapetarse de la mejor manera que podía en aquellas circunstancias.

Xatruch le había recomendado que destacase una compañía, después de fortificado, a hostilizar la retaguardia de los que atacaban, y con efecto, a las 11 del día oyó este fuego, y en el acto mandó que saliese un por un flanco el Teniente Coronel Joaquín Cabrera, con 135 hombres, para llamar la atención de Walker por otro lado. Cabrera era el jefe más acreditado del ejército guatemalteco, y apenas rompió el fuego fue muerto, y naturalmente la tropa retrocedió de manera que fue preciso reconcentrarla.

De tres puntos distintos cañoneaba la artillería filibustera, con tal destreza, que no cesaba de oírse el eco retumbante y pavoroso. Mas de 350 tiros arrojaron sobre la plaza, y como 80 con metralla, que dispararon a las fuerzas que salieron a batirlos de frente y por retaguardia.

Las bajas sufridas en este día, a más de ser numerosas, fueron sensibles. El Capitán Pedro Castillo, de Matagalpa, uno de los patriotas que acaudillaron a aquel pueblo en la insurrección que dejamos bosquejada, estaba acostado en su punto con la cabeza apoyada en el brazo izquierdo. Una de tantas balas le deshizo las mandíbulas y la mano, de manera que quedó deforme. Estuvo vivo algunas horas, escribió algunas cosas y por fin murió.

En resumen, los aliados contaron muertos en este día, 1 Teniente Coronel, 1 Capitán, 3 Tenientes, 5 Subtenientes y 23 individuos de tropa; los heridos fueron 90, uno de ellos fue Pablo Guadamuz, a quien una bala de cañón le voló una pierna. Los filibusteros se retiraron muy tarde, dejando en el campo 28 muertos; un desertor contó el día siguiente que los muertos fueron 40 y algo más de 70 heridos.

Desde luego tenían éstos que pasar por Las Cuatro Esquinas, bajo el fuego de la división de Jerez, y por consiguiente pudieron verificarlo, pero a costa de algunos muertos.

Walker llegó a Rivas desengañado de que apenas podría defenderse.

Los aliados levantaron el campo de San Jorge, y se situaron en *Las Cuatro Esquinas*.

El General Mora desembarcó con 560 costarricenses, y llegó al mismo campamento el 18 de marzo. Xatruch y Zavala no habían recibido aún orden de sus gobiernos de obedecerle como General en Jefe, por cuya razón no dejaron de externar la poca voluntad que tenían para ello; pero no pasó de pura observación y el 18 en la mañana se puso la orden siguiente:

Orden general del 19 al 20 de febrero.

Hallándose en esta plaza el señor General don José Joaquín Mora, nombrado General en Jefe de los Ejércitos Aliados por los Gobiernos de Centro América, será reconocido como tal General en Jefe, cesando, por lo tanto, el arreglo establecido en el acta de Nandaime por los señores Generales, y guardándose al señor General Mora todos los honores y preeminencias que, como a tal General en Jefe, le competen. Xatruch.

A continuación el nuevo General en Jefe emitió la que sigue:

Orden del señor General en Jefe de los Ejércitos Aliados, del 19 de marzo de 1857.

Jefe día para hoy el señor Coronel don Manuel Antonio Cerda, y para mañana el que se nombre.

Para el mejor servicio, se hacen por la presente orden los nombramientos siguientes:

Segundo Jefe del Ejército lo será desde hoy el General de División don José María Cañas.

El Mayor General lo será el General de Brigada con Víctor Zavala.

Se reconocerá como Inspector General del Ejército Aliado al señor General don Florencio Xatruch.

El General don Fernando Chamorro continuará en el ejercicio de sus funciones de Cuartel-Maestre.

El Coronel Efectivo don Alejandro Escalante hará las funciones de Gobernador de Campo. Mora.

Organizado el ejército de este modo, se trataba de activar tanto las operaciones, que el mismo día 19 (marzo) en la noche, los guatemaltecos y septentrionales salieron a ocupar la retaguardia del enemigo; se quería rendirle por hambre. El General Chamorro ocupó la hacienda San Esteban, situada cerca de Rivas, en el camino que conduce al Obraje. Su avanzada la colocó en la casa de Sandino a la vista de la enemiga.

Como el pensamiento era estrechar cada día más a Walker, se dispuso tomar las haciendas *Santa Ursula* y la de *Maliaño*, en donde se proveía de alimentos.

Nuestros lectores que no conocen este país, deben saber que estas haciendas están tan contiguas a la ciudad, que las posesiones son casas muy cómodas y lujosas en que viven los dueños, como en una calle de dicha ciudad. Las haciendas son de cacao, y contienen tal abundancia de plátanos y árboles frutales, que puede decirse inagotables. De allí dimanaba el empeño de los aliados de quitar estos puntos a los filibusteros, a quienes se proponían tomarlos por necesidad y no por la fuerza.

Bien, pues; el 23 se dio a dicha hacienda el ataque más serio. El Teniente Coronel Ceferino González mandaba la columna septentrional que fue destinada a tomar la casa de *Maliaño*, y su ataque fue tan intrépido, que la tropa disparaba sus armas en las claraboyas del enemigo. Pero la casa estaba sumamente fortificada y bien defendida, de suerte que después de un esfuerzo terrible, tuvieron que retirarse. Día fue éste el más sangriento que hasta entonces contaran los aliados, pues tuvieron no menos que 200 bajas. De sólo los septentrionales hubo 31 muertos; heridos fueron Eva y Véliz, oficiales mentados en la acción de San Jacinto, Jerónimo Díaz y otros. Los costarricenses contaron entre sus muertos al Teniente Toribio Arley.

Tal fue el fatal resultado de esta tentativa heroica, pero infructuosa.

Aunque no tan sangrienta, no lo fue menos la del día siguiente 24. Xatruch y Zavala hicieron que Mora diese orden a Chamorro de tomar a *Santa Ursula*, manifestándole que este general estaba de acuerdo en el paso. Chamorro no pensaba así, pero por no contradecir a sus compañeros, no hizo la menor observación.

Mandó con una columna de septentrionales y costarricenses al Coronel don Manuel Antonio Cerda y de 2º Jefe al Teniente Coronel Berrillos, de Costa Rica. La acción se empeñó con bravura, pero sin buen éxito. Nuestras tropas fueron retiradas después de algunas horas, habiendo perdido a Berrillos y cuatro costarricenses más, y contando 8 heridos, entre ellos al Capitán Pi.

Estos resultados convencieron que era mejor estrechar el sitio, que apelar a la fuerza para quitar los puntos.

El 26 (marzo) a las 5 de la mañana ocupó Xatruch La Puebla, barrio de la ciudad, al sur, y única entrada libre que había quedado a los filibusteros, por cuya razón se empeñaron en desalojarle; pero era tarde. Se fortificó muy bien y su fuerza, compuesta de hondureños, guatemaltecos y costarricenses era muy aguerriada.

Quedó, pues, Walker completamente sitiado. Allí le dejaremos, y vamos otra vez al río de San Juan, donde hacían un gran esfuerzo los amigos de Walker.

Un americano apellidado Lockridge, y otros jefes, Anderson y Wheat, con 500 hombres llegaron a San Juan, en marzo, y emprendieron la subida al Río.

Lockridge ocupó La Trinidad, y un mentado Titus fue rechazado en El Castillo.

Por esta nueva derrota se propusieron internarse a Costa Rica, según se creyó entonces, porque emprendieron la subida del Sarapiquí; pero apenas habían penetrado en las aguas de este río, cuando se voló el vapor que los conducía.

En el acto de la explosión perecieron 60, según el parte, y más de 100 fueron heridos. Éstos y los sanos, arrepentidos de la expedición, no pedían más que el regreso. El Jefe Lockridge se propuso reanimarlos, diciéndoles que esperaba pronto un vapor con un auxilio considerable; pero no pudo llenar su objeto.

Regresaron, pues, a Punta de Castilla. Lockridge les quitó las armas, echándoles en cara su cobardía, y las depositó en dicho punto; pero los agravados ocurrieron al Comodoro Británico, y este jefe hizo que se depositasen en la ciudad.

Sabida en San Carlos la suerte de los filibusteros, Caut, con una fuerza competente, bajó en un vapor, hasta la Bahía, el 12 de abril, y después de algunas conferencias con el Comodoro entró en posesión de la Punta de Castilla, y de los elementos de guerra, y brindó a los filibusteros el pasaje hasta los Estados Unidos, de cuenta del Gobierno de Costa Rica.

Así quedó deshecha la gran expedición de Lockridge, el río de San Juan enteramente despejado de filibusteros, y frustrada la última esperanza que abrigaba Walker.





CAPÍTULO XVIII

El General Martínez en el campamento. Ocupación de la hacienda de Mongalo. Acción del 11 de abril. Ocupación de San Juan del Sur. Tregua de 6 días para sacar de Rivas las mujeres. Capitulación y conclusión de la guerra.

El resultado adverso de las acciones que hemos referido, y los anuncios de auxilios filibusteros, cuyo fracaso no se sabía en Rivas, inspiraron al General Mora el deseo de que el General Martínez llegase a tomar parte más activa en las operaciones. Al efecto, habló a Chamorro con tal objeto, y éste le escribió manifestándole la necesidad de su presencia en el ejército.

El General Martínez llamó al Coronel Estrada (Dolores), que se hallaba en Masaya convaleciendo de una enfermedad que había padecido. A él le dio sus facultades, y le dejó una guarnición para conservar la plaza de Granada y las debidas instrucciones para sacar los recursos necesarios a la conservación del ejército.

El 3 de abril llegó Martínez a Las Cuatro Esquinas, con su guardia de honor. El General en Jefe le recibió muy bien, y todos sus amigos y subalternos hicieron demostraciones de alegría.

La llegada de este nuevo jefe, a quien los americanos temían y creían como una fuerza respetable, les hizo apurar la desertión, de suerte que el día siguiente hubo 80 presentados.

Entre *Las Cuatro Esquinas*, cuartel general de los aliados, y la ciudad de Rivas, existe la hacienda de *Mongalo*, el punto más inmediato a las fortificaciones filibusteras. El Coronel don José Bonilla lo ocupó el 8 del mismo mes, a las 11 de la noche. Apenas sintieron éstos comenzaron a cañonearle, pero Bonilla no retrocedió, aunque su tropa era toda recluta de Chontales, de suerte que quedó definitivamente colocado en el puesto más inmediato.

Al ver la deserción diaria que tenía Walker, Mora creyó que no sufría un asalto repentino, y este triunfo pensó alcanzarlo el día 11, aniversario justamente de la batalla de Rivas entre los costarricenses y los filibusteros, que contamos anteriormente.

Quería, pues, rememorar aquella acción con otra, que sería la última para dar lustre a sus armas, tanto más que el 11 de abril (1857) debía caer en sábado de gloria, cuya coincidencia le pareció un feliz augurio de la victoria que pensaba obtener.

Martínez, Chamorro, Xatruch y otros jefes no opinaban por el asalto; creían innecesaria la efusión de sangre, porque el enemigo no podía menos que acabar pronto por consunción, y esto lo expusieron en un consejo que tuvo lugar el día 10; pero Mora, picado en su amor propio, dijo: -*“No consulto si conviene o no el asalto; quiero que convengamos los detalles”*.

Por consiguiente se discutió y convino sólo en la manera de darlo.

Los jefes designados fueron el General Jerez con una división leonesa; los coroneles José Bonilla y Máximo Blanco (Neogranadino), con 600 costarricenses, debían atacar por el sur. El Coronel Mariano Villalobos, con guatemaltecos, por el norte. A las 4 de la mañana debían acometer a un mismo tiempo por tres puntos, a cuyo fin se dispararía un cañonazo con una pieza de a 24.

Los Generales Martínez y Zavala con el cuerpo de reserva debían permanecer al lado del General en Jefe.

Walker el mismo día 10 dijo a sus jefes: *“Mañana es preciso que estemos listos, porque es 11 de abril, aniversario de la primer batalla de Rivas, y Mora debe hacer algo para recordarla.”*

Calculó bien. A la hora designada el estruendo del cañón dio la señal convenida, pero el asalto no fue simultáneo, rompiendo primero el fuego los guatemaltecos.

Los costarricenses, guiados por Bonilla, cargaron con mucho denuedo por su lado, al sur, hasta una casa de la misma plaza, siendo detenidos por una trinchera, que habrían tomado si el Coronel Blanco, por su parte, hubiese apoyado el asalto, pero no lo verificó, tal vez por falta de conocimiento del terreno.

La sección de Bonilla, bajo un fuego mortífero, tuvo que retirarse. Bonilla mismo estuvo defendido sólo por las paredes salientes del zaguán de la casa, y por fin pudo escapar con mucho riesgo, pues un Capitán, don Adolfo Escobar, que se había internado a dicha casa, con 60 hombres, fue herido y cayó prisionero con toda la compañía.

Rechazados así los costarricenses, se mandó retirar a los guatemaltecos que estaban empeñados al lado norte.

La acción comenzó a las 4 y concluyó a las 8 de la mañana.

Las pérdidas de Walker fueron insignificantes; las de los aliados muy grandes, fuera de la sensación de la derrota, acaso peor que las primeras. Los costarricenses tuvieron más de 60

bajas; los guatemaltecos 90. Los septentrionales 20. Los nicaragüenses de la división de Jerez 150, casi todos dispersos.

Con mucha acrimonia se culpaba al General Mora de aquel suceso, que no dejó de alarmar, porque de pronto se contuvo la deserción de filibusteros que antes era diaria.

Aunque a Walker se le consideraba sitiado en Rivas, se juzgó un paso muy prudente ocupar a San Juan del Sur, a cuyo efecto fue mandado el 15, con una fuerza considerable, el Mayor costarricense don Juan Estrada, uno de los jefes distinguidos que combatieron en Jocote. Ocupó el puerto y dio parte sin novedad.

La situación de Walker era ya bastante triste porque no podía recibir auxilio, porque su fuerza primitiva de 1,000 hombres, aunque aumentada más o menos en cada arribo de los vapores, estaba reducida a menos de la mitad, y sobretudo por la escases de alimentos.

No le faltaban plátanos en las haciendas de que disponía, pero la carne de res se había acabado, y mataban asnos y caballos, aun los de silla de ellos mismos, porque ya habían concluido con cuantos pudieron acopiar.

El 23 salieron 80 filibusteros a proteger un corte de plátanos, e inmediatamente mandó Martínez al Teniente Coronel González con la 1ª y 2ª escuadra de la Guardia de Honor y trabajó con ellos un combate reñido, hasta que los dispersó completamente. De parte de nosotros murió el Sargento Wenceslao Peña, joven de los más patriotas y valientes del ejército septentrional.

El día 24 se presentó ante el General en Jefe un Teniente de la Corbeta "*Santa María*", de que hemos hablado, solicitando una tregua de 6 horas, que fue concedida para entrar a la plaza a sacar las mujeres, los niños y ancianos, y con efecto, sacó a muchas extranjeras que acompañaban a los militares, y del país que tenían presas.

Walker, pues, no podía resistir muchos días, y cuando el Capitán Davis le anunció por el mismo Teniente que Lockridge había fracasado en el río de San Juan, se convenció que no tenía que esperar, y se mostró anuente a una capitulación, no con el General en Jefe, como era natural, sino con el Capitán Davis, de suerte que algunos jefes, Xatruch, Martínez y Chamorro, no opinaban por dicha capitulación, sino exigiendo al menos de Walker las garantías o promesas de no volver a hostilizar a ningún Estado de la alianza.

El General en Jefe, Mora, aunque pensase de acuerdo, no quiso proceder así; aceptó la capitulación en los términos referidos, porque a todo trance deseaba terminar la guerra y volver a su patria. Además, se hablaba y escribía mucho de un ejército salvadoreño, que venía mandando el General don Gerardo Barrios, el cual se decía que a la llegada al campamento iba a aniquilar el poder de Walker. En efecto,

Barrios que meditaba apoderarse del Gobierno de su país, había ido a Guatemala con el carácter de Ministro a entenderse con aquel gobierno, y a proveerse de recursos para levantar dicho ejército, cuya vanguardia estaba ya en Nicaragua.

Mora creyó verse envuelto en dificultades con este jefe tan pretencioso, y que aun la gloria del triunfo iba a adjudicársele. En tal concepto, pensó que lo mejor era concluir la campaña de cualquier modo, y así lo verificó, a despecho de la oposición de los Jefes que mencionamos.

Firmada y cumplida la capitulación, Walker, con sus oficiales, bajo la custodia del General Zavala, salió de Rivas para San Juan del Sur y se embarcó en la fragata “Santa María”, de que tanta veces hemos hecho referencia. La capitulación es la siguiente:

ORDEN GENERAL

Cuartel Principal. Oficina del Ayudante General. Rivas, mayo 1° de 1857.

El General en Jefe, al comunicar el tratado siguiente al ejército, le parece conveniente informarle, que ha convenido en él, en razón de aseguransas solemnes del Capitán Davis, con el Coronel Lockridge con su ejército entero ha salido del rio San Juan para los Estados Unidos.

El Comandante en Jefe, separándose por ahora de los camaradas valientes que han sostenido nuestra causa en tiempos malos y buenos, desea darles a los oficiales y soldados de su mando las más profundas y verdaderas gracias.

Reducidos a nuestra situación presente por la cobardía de algunos, la incapacidad de otros y la traición de muchos, el ejército aun ha escrito una página de gloria en la historia americana, la cual es imposible olvidarla ni borrarla.

Del futuro como del presente podemos esperar un juicio justo. Rivas, mayo 1° de 1857.

Convenio entre el General William Walker, de una parte, y el Comandante Charles H. Davis, de la marina de los Estados Unidos, cuyas estipulaciones son las siguientes:

1°- El General Walker, con 16 oficiales de su estado mayor, marcharán de Rivas, con sus espadas, pistolas, caballos y su equipaje personal, bajo la garantía del Capitán Davis, de la marina de los Estados Unidos, que no sean molestados por el enemigo y sean permitidos de embarcarse a bordo del buque de guerra de los Estados Unidos “*Santa María*”, en el puerto de San Juan del Sur, el dicho Capitán Davis obligándose a transportarlos seguramente en el “*Santa María*” a Panamá.

2º- Los oficiales del ejército del General Walker, marcharán de Rivas con sus espadas, bajo la garantía y protección del Capitán Davis, que se obliga a transportarlos seguramente a Panamá bajo el cargo de un oficial de los Estados Unidos.

3º- Los soldados, oficiales subalternos, ciudadanos y empleados de los departamentos, heridos y sanos rendirán sus armas al Capitán Davis o a uno de sus oficiales en embarcación separada con la de los desertores de las filas, así que no se toque a unos y otros.

4º- El Capitán Davis obtendrá garantía y con ella garantiza a todos los hijos de Nicaragua o de la América Central ahora en Rivas, y entregados a la protección del Capitán Davis se les permite vivir en Nicaragua y que serán protegidos en sus vidas y propiedades.

5º- Está convenido que a los oficiales en San Juan del Sur se permitirá quedarse bajo la protección del Cónsul de los Estados Unidos hasta que se ofrezca una oportunidad de embarcarse a Panamá o San Francisco.

El General Walker y el Capitán Davis se comprometen uno y otro a que este convenio sea ejecutado de buena fe.

(Firm.) *Wm. Walker.* (Firm.) *Charles H. Davis,* Comandante Marino de los Estados Unidos.

(Firm.) *C. F. Henningsen.* (Firm.) *P. Waters.* (Firm.) *J. Winthrop Taylor.*

Por orden del General en Jefe *Wm. Walker,* (Firm.) *P. R. Thompson,* Ayudante General.

Señor General en Jefe del Ejército de Centro América. Rivas, mayo 1º de 1857. Señor: El Capitán Carlos H. Davis, Comandante de la Corbeta de guerra norteamericana "*Santa María*", a nombre del Gobierno de los Estados Unidos y por autoridad propia pone a disposición del señor General don José Joaquín Mora la plaza de Rivas con todos sus elementos de guerra. Lo que comunico a U. S. para que se sirva impartir sus órdenes para la ocupación de dicha plaza. Aquí la firma del Capitán Davis.¹

¹ Conservamos íntegra la traducción que publicó el Boletín Oficial, Núm. 48, año de 1857.